

Selección

TERROR

NECROFRAGIA

CURTIS GARLAND

Hastings ignoraba en ese momento que Ana Penrose yacía sin vida en el Cementerio Municipal de Gatescastle, bajo una lápida conmemorativa de la trágica efemérides local.

Ignoraba que la blanca nieve que caía en el norte de Inglaterra aquellos días, como un blanco sudario frío, estaba cubriendo los restos mortales de la mujer amada.

Quizá por eso, por ignorarlo totalmente, Richard Hastings, el joven abogado, emprendió su viaje a Sunderland al día siguiente, en el ferrocarril lento y fatigoso que ascendía por Gran Bretaña, en dirección a las frías regiones del Norte.

También ignoraba, al mismo tiempo, que emprendía una auténtica travesía hacia el horror. Hacia un horror indescriptible y delirante, que comenzaría la noche inmediata, mientras él cruzaba con el ferrocarril humeante e incómodo, la amplia campiña inglesa.

Un horror que comenzó súbitamente en el cementerio de Gatescastle, con la presencia de algo monstruoso e increíble, mil veces peor que la misma muerte que reinaba allí, silente y majestuosa, entre tumbas y lápidas festoneadas de nieve…

Un horror que se presentó, estremecedor, en una de las fosas. En un cadáver…

Justamente en el cadáver de la hermosa, etérea, melancólica y enfermiza Ana Penrose, recién sepultada bajo aquella fría tierra helada…



Curtis Garland

Necrofagia

Bolsilibros: Selección Terror - 35

ePub r1.0

Titivillus 02.02.15

Título original: *Necrofagia*
Curtis Garland, 1973
Diseño de cubierta: Desilo

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2




ft
SELECCION
TERROR

CAPÍTULO PRIMERO

CARTA DE ANA PENROSE A RICHARD HASTINGS

Querido Richard:

Tu nueva carta me ha proporcionado una inmensa alegría. Cada vez que el cartero llega a la puerta y llama, trayendo un mensaje tuyo, mi júbilo es mayor y más intenso. Creo que cada misiva tuya es para mí como un motivo de ilusiones nuevas y de confianza en un mañana lleno de venturas. Creo que cada palabra escrita por ti, es un anhelo más de vivir.

No te preocupe ya mi enfermedad, ni el curso que pueda seguir en este invierno tan crudo que estamos pasando. Estoy segura de que mejoro día a día, y no llegará la primavera sin que me encuentre totalmente recuperada, llena de salud y de energías. Como nunca estuve, Richard.

Tal vez haya sido esta correspondencia contigo. Este irnos conociendo lentamente tú y yo, a través de las misivas que nos cruzamos, ya que tan fugaz, tan inapreciablemente casi, nos llegamos a conocer entonces, cuando tú pasaste de modo casi fantasmal por mi vida. ¿Lo recuerdas? Apenas si fue unos segundos. No debieron ser muchos, cuando nuestros ojos se cruzaron, encontrándose casualmente. Me viste. Y te vi. Dices que no pudiste olvidar ya mi rostro. Ni yo el tuyo, Richard.

Después… llegó esto. Tus cartas. Tus maravillosas cartas. A veces me pregunto cómo pudiste llegar a averiguar tan rápidamente quién era yo. Y cómo se te ocurrió enviarme la primera carta. Cómo reuniste suficiente valor para ello. Claro que yo… Tampoco entiendo aún claramente cómo pude atreverme a contestar tu carta, a trazar aquellas torpes líneas, agradeciendo tu cortesía, tu atención, admitiendo que yo también me había fijado en ti ese día, y hasta alentándote a continuar escribiéndome. Y, eso sí, rogándote que nunca sintieras compasión por mí. Que quien te dijo mi nombre y te informó de mi dolencia, en esto último se excedió un poco, y no es

nada grave lo que padezco, querido Richard.

¿A qué rememorar aquí todo este tiempo de cartas y cartas entre tú y yo? Es toda una historia maravillosa, reunida en una serie de cartas que conservo como lo más preciado de mi existencia. No sé si tú harás lo mismo con las mías, porque las mujeres somos a veces tan dadas a lo sentimental, que exageramos las cosas.

Ciertamente, me gustaría volver a verte de nuevo. Pero no sé lo que sentiría al tenerte ante mí. Trato de imaginarlo, y me estremezco. Tengo miedo, Richard. Sí, miedo. Miedo por ti, por mí… y quizá por estos sentimientos que, posiblemente, resulten más difíciles de expresar en la realidad, en el contacto directo entre nosotros dos.

Claro que posees mi retrato en ese medallón oval que te envié. Claro que me afirmas besarlo día a día.

Y contemplarlo antes de que el sueño te rinda. Eso es maravilloso, pero ¿tú crees que todo será igual cuando me veas? ¿No se romperá este maravilloso hechizo que pesa en estos momentos sobre nosotros? Eso es lo que me asusta, lo que me preocupa. No quisiera que nunca, nunca, nuestra historia de amor a distancia, de amor nacido lentamente, a cada nueva carta, a cada frase, a cada evocación, se pudiese quebrar como una fina copa de cristal al caerse.

Richard, de todos modos… deseo que vengas. Y espero que eso no sea demasiado tarde. Que pueda alimentar la esperanza de verte muy en breve. Dices que acaso este mismo invierno… ¡Dios lo haga, querido!

Yo también contemplo ese delicioso dibujo que de ti hizo tu amigo Fred. Es perfecto. Me recuerda el día que te vi aquí, en el pueblo. Y creo que su lápiz te ha captado perfectamente. Eres tal como te vi entonces. Tal como te sigo recordando. Tal como te filtras tú mismo entre los trazos de tus cartas, entre las palabras de tus páginas, escritas con amor, con ternura, con una rara sobriedad también…

Richard, no sé lo que sería de mí en esta población pequeña, estrecha, aburrida, triste y tediosa, repleta de comadreos, supersticiones, rencillas familiares y provincianismos insoportables, si no fuese por tus cartas. Por mi contacto contigo.

Cuando llega la silla de postas o escucho el silbato del ferrocarril en las cercanías de la estación, tengo la firme esperanza de que un poco de ti mismo, en un trozo de papel, viene con ello. Y espero, y desespero… A veces, no hay correo. No hay carta. No hay nada. Y me entristezco. Y sufro. A veces, incluso lloro…

Luego, súbitamente, llega tu misiva. Cualquier día, como el de

hoy, cuando más estaba nevando en torno a mí, cuando el blanco de la nieve era un manto esponjoso, visto desde la ventana de mi dormitorio, aquí en Penrose Manor, entre el pueblo propiamente dicho, y los arrabales del Cementerio Municipal.

Apenas he terminado de leer sus páginas apretadas, y ya tomo la pluma, para escribirte, para contestarte. Para que pronto, muy pronto, sepas de mí, Richard.

Y sepas que te amo. Que te amé siempre. Desde antes de recibir tu primera carta. Desde antes de saber que tú sentías algo por mí. Desde antes de todo esto.

Creo que te amé apenas te vi aquel día, a punto de tomar el tren para abandonar Gatescastle. Sé que venías de visitar la vieja Abadía, con el reverendo Durham. Y que volvías a Leeds, donde entonces estabas residiendo. Ahora estás más lejos. Mucho más lejos, en tu querido, inmenso y maravilloso Londres. Sin embargo, te siento más cerca que entonces, porque sé que piensas un poco en mí. Yo pienso mucho en ti. Quizá demasiado, incluso. Esto no es Londres. Aquí no hay nada que distraiga la vista o la imaginación. Tú eres un hombre de cultura, de posición, de estudios. Además, eres atractivo, arrogante, joven… Sobrarán las mujeres hermosas a tu alrededor. Y las fiestas, los agasajos… Sólo espero que, pese a todo, sigas recordándome de vez en cuando. Y que, ocurra lo que ocurra en el futuro, sigas siendo un poco mío, Richard.

Eso me bastará. Ya sabes: ocurra lo que ocurra aquí, en este villorrio triste que se llama Gatescastle, lleno de historia, de tradiciones… y de aburrimiento, No dejes de recordarme, de pensar en mí, de sentirte cerca de mí. Esté donde esté entonces, tu:

Ana

P. D. No tardes en escribirme de nuevo. A veces tengo raros presentimientos. Y sueños poco agradables. Creo que todo eso lo da este ambiente opresivo de los lugares pequeños, provincianos, llenos de tedio y de prejuicios.

Sí, Richard. Mis presentimientos y mis sueños han coincidido, justamente hace tres noches. Presentí que la muerte nos separaba. Y soñé que nunca podíamos volver a reunimos, que nunca nos veíamos en este mundo… Es una tontería, lo sé. Pero escríbeme. Y, si puedes, ven antes de la primavera. Sería maravilloso, querido.

* * *

El reverendo Durham alzó sus manos ante el sepulcro. Los grises ojos profundos revelaban profundo dolor y tristeza. Su voz sonó ronca, emotiva:

—… Y ahora, Señor, te ruego acojas en tu infinita misericordia a esta sierva tuya que fue en vida la joven, delicada, hermosa y querida Ana Penrose, fallecida en plena juventud y con la vida sonriéndole por delante, con todas esas maravillosas esperanzas que ahora ha truncado la muerte…

El féretro, conteniendo el cuerpo de Ana Penrose, la hermosa, sensible y malograda muchacha de Gatescastle, descendió lentamente al fondo de la fosa. Alrededor del hoyo rectangular, los asistentes a la ceremonia fúnebre oraban entre murmullos, o bien en silencio.

La nieve no cesaba de caer, aunque lenta y en pequeños copos, blanqueando la tierra blanda, removida por las palas de los sepultureros. Una lápida esperaba a ser hincada en tierra, cuando el féretro estuviese cubierto totalmente.

Su texto era conciso, patético en su propia brevedad:

DESCANSE EN PAZ
ANA PENROSE
FALLECIDA DE UN MAL
INCURABLE A LOS 22 AÑOS
DE EDAD
GATESCASTLE, FEBRERO DE 1887

La tierra golpeaba, con paletadas secas, el fondo de madera barnizada de negro, con el plateado crucifijo y las asas de metal bruñido. Dentro, una mujer en plena juventud se había ausentado definitivamente de la reducida sociedad de Gatescastle, en el norte de Inglaterra. Una mujer sensible, bella y delicada como Ana Penrose. Pero también una mujer mortalmente enferma, aunque ella se empeñara siempre, con gran altanería y serenidad, en negar tal hecho.

Ahora, la muerte había cobrado su esperada pieza. Y eso, nadie pudo evitarlo. Ni Ana Penrose, con su entereza y sus negativas, ni el reverendo Durham con su cristiano consuelo, ni el doctor Bradley con su limitada ciencia médica…

El pueblo se teñía de luto. La comunidad era demasiado pequeña

para que una muerte no causara impacto. Y más, si la fallecida era una mujer en plenitud de vida, de juventud, de belleza… y de fortuna personal por añadidura. Una fortuna por la que muchos jovenzuelos petimetres locales habían suspirado en vano.

La tierra cubrió lentamente la fosa. También la nieve empezó a echar su manto de armiño, como negándose al luto por la juventud rota. El día era frío e inclemente, el cielo color del plomo, el aire seco y cortante, agitando las oscuras ropas de los asistentes a la fúnebre ceremonia en el Cementerio Municipal de Gatescastle.

Poco después, la comitiva se disolvía en grupos, de regreso al centro del lugar, en la tristona tarde fría de invierno. Carruajes de caballos arrancaron de la vecindad de las tapias del Cementerio Municipal, grisáceas y tristes. Ramalazos de aire gélido removían la nieve en torbellino, entre las botas charoladas de los hombres y el crujido enlutado de las faldas amplias de las mujeres.

Atrás, quedó el cementerio, con su nueva inquilina. Y el reverendo Durham, con su paso lento, los Evangelios entre sus dedos, caminando despacio, negándose a aceptar subir en carruaje alguno. Él siempre prefería andar, con su paso firme, largo, moviendo la alta figura enjuta, vestida de negro, con el blanco cuello vuelto, de regreso a la población que dibujaba en la planicie el zigzagueo de sus callejuelas antiguas.

Los comentarios sobre la muerte de Ana Penrose, se irían reduciendo con el tiempo. Languidecería día a día el recuerdo.

Y la joven y bella Ana, sería solamente un nombre más, sobre una lápida del Cementerio Municipal.

Así hubiera ocurrido, quizá, de no ser porque algo iba a suceder en los días siguientes.

Algo monstruoso, que aterró y conmovió a la población de Gatescastle.

* * *

Querida Ana:

Cuando he recibido tu carta, he sentido quizá la mayor de las alegrías desde que nos conocemos, aunque sólo haya sido un conocimiento epistolar. Pero al mismo tiempo, una profunda tristeza

me ha embargado cuando leí en la parte final de tu misiva que tenías oscuros, sombríos presentimientos y pesadillas. Yo, entonces, he pensado que lo mejor es aprovechar estos próximos días en que mi trabajo me deja un margen de una semana libre, y entonces verte en Gatescastle y…

Richard Hastings detuvo la pluma sobre el papel sobre el que iba trazando rápidamente las palabras. Se quedó en suspenso, con la mirada perdida en el vacío. Releyó nuevamente aquellos párrafos de la última carta recibida, hacía solamente dos fechas:

«No te preocupe mi enfermedad, ni el curso que pueda seguir…». «Tus cartas… Tus maravillosas cartas…». «Me gustaría volver a verte de nuevo… Pero no sé lo que sentiría al tenerte ante mí…». «Tengo miedo, Richard. Sí, miedo. Miedo por ti, por mí…».

Luego, aquella parte final, lúgubre e inquietante:

«A veces, tengo raros presentimientos. Y sueños poco agradables… Presentí que la muerte nos separaba. Y soñé que nunca podíamos volver a reunirnos…».

«La muerte… Nunca reunirnos…».

—Extrañas palabras… —musitó Richard para sí, mordiéndose el labio inferior—. Extraños pensamientos en una muchacha como Ana…

Y arrugó el ceño, tratando de evocar la figura sutil, la pálida y ovalada belleza de aquel rostro espiritual, hermoso, delicado, aquellos ojos azules y tristes, aquel cabello cárdeno, suave, brillando al tibio sol del norte de Inglaterra como tenue cobre hilado…

Ana Penrose, la muchacha de Gatescastle, el pueblecillo dormido entre las planicies heladas del norte y la proximidad marítima de Sunderland…

Su Ana. A pesar de que jamás la vio sino a distancia, fugazmente, como una borrosa visión de delicadeza, ternura y femineidad sin comparación posible.

Sonrió levemente. Bajó la pluma. «No, no valía la pena escribir», pensó.

—Romperé esta carta —se dijo, estrujando el papel, medio escrito ya—. La romperé, y en vez de la misiva… seré yo quien viaje hacia Gatescastle…

Se incorporó, arrojando el papel a la papelera situada junto a su pesada y confortable mesa de trabajo. Aproximóse al ventanal encristalado, que abrió, asomándose al exterior.

El invierno también era crudo en Londres. Pero no nevaba. Se limitaba a la niebla densa, húmeda y pegajosa como siempre. En el estuario del Támesis, las sirenas de los remolcadores, eran como quejas ululantes, tristes y melancólicas, en la tarde invernal.

Richard se apartó de la ventana. Apenas si había captado los perfiles borrosos de unos edificios levantándose en la niebla de febrero. Y abajo, la sombra de un tranquilo *policeman*, paseando con su capa y su casco peculiares, bajo el piso donde él se hallaba en ese momento, junto a la esquina de Charing Cross Road.

El joven abogado de la firma Hastings, Hastings and Sons, de Londres, con una oficina sucursal en Leeds, que dirigía su tío Howard Hastings, volvió a la mesa. Contempló el sobre con su membrete, escrito ya a la dirección de siempre en su curso epistolar con la mujer a quien apenas conocía físicamente, y a quien había aprendido a conocer a través de sus palabras, de su modo de expresarse sobre el papel. Cuya imagen guardaba, como algo venerado, contra su pecho, en aquel medallón que, por un lado, guardaba el rostro del retrato de la mujer querida.

Leyó la dirección, una vez más:

> Señorita ANA PENROSE
> Penrose Manor
> Gatescastle
> Sunderland

También el sobre fue estrujado entre sus largos, sensitivos y firmes dedos, y arrojado a la papelera, hecho un ovillo crujiente, color crema claro. Hastings respiró hondo. Paseó por la estancia sus largos seis pies de estatura, su figura arrogante, esbelta, firme, vestida habitualmente de claro, contra la costumbre de la época. Le gustaban más los tonos gris perla, beige, marrón claro o avellana, que los negros, pardos, azules y grises oscuros de moda entre la gente elegante de la capital. Él afirmaba que se podía ser

igualmente sobrio y distinguido en otra clase de tonos para vestir. Y lo demostraba con el ejemplo. Para mucha gente, en Londres y fuera de él, Richard Hastings era un *gentleman* completo.

Y para las muchachas de la buena sociedad inglesa, un caballero además muy estimable como partido casamentero. Eran muchas las que deseaban que el joven abogado se fijara en ellas. Pero Richard, siempre ausente, siempre distraído en apariencia, parecía ajeno a los encantos físicos, más o menos generosos, de las jovencitas de turno.

Richard Hastings, sin embargo, sólo pensaba en una mujer: Ana Penrose.

Una mujer de la que se sabía enamorado. Una mujer a quien estaba dispuesto a visitar en aquellos días del gélido febrero de 1887, en el aislado pueblecito norteño de Gatescastle. Una mujer con quien estaba decidido a casarse. Por encima de presentimientos oscuros, de pesadillas y de temores ridículos.

Hastings ignoraba en ese momento que Ana Penrose yacía sin vida en el Cementerio Municipal de Gatescastle, bajo una lápida conmemorativa de la trágica efemérides local.

Ignoraba que la blanca nieve que caía en el norte de Inglaterra aquellos días, como un blanco sudario frío, estaba cubriendo los restos mortales de la mujer amada.

Quizá por eso, por ignorarlo totalmente, Richard Hastings, el joven abogado, emprendió su viaje a Sunderland al día siguiente, en el ferrocarril lento y fatigoso que ascendía por Gran Bretaña, en dirección a las frías regiones del Norte.

También ignoraba, al mismo tiempo, que emprendía una auténtica travesía hacia el horror. Hacia un horror indescriptible y delirante, que comenzaría la noche inmediata, mientras él cruzaba con el ferrocarril humeante e incómodo, la amplia campiña inglesa.

Un horror que comenzó súbitamente en el cementerio de Gatescastle, con la presencia de algo monstruoso e increíble, mil veces peor que la misma muerte que reinaba allí, silente y majestuosa, entre tumbas y lápidas festoneadas de nieve…

Un horror que se presentó, estremecedor, en una de las fosas. En un cadáver…

Justamente en el cadáver de la hermosa, etérea, melancólica y enfermiza Ana Penrose, recién sepultada bajo aquella fría tierra

helada…

CAPÍTULO II

HORROR NECRÓFAGO

El cadáver de Ana Penrose.

Precisamente aquel cadáver. El reverendo Durham giró la cabeza, mirando con horror al hombre parado ante él, qué seguía dando vueltas a su grasienta gorra de visera, color azul desvaído.

—No… —jadeó—. No es posible, Morgan…

—Vaya si lo es, reverendo —afirmó John Morgan, el sepulturero, tragando saliva, muy abiertos sus redondos ojos en el rostro estirado, de mejillas rojizas, más por efectos del alcohol que por el del sol o la intemperie—. Con mis propios ojos acabo de verlo, aunque no daba crédito a lo que veía…

—Pero… pero ¿cómo pudo suceder? —Insistió el sacerdote evangelista, con su mano levemente temblorosa al apoyarse en la barandilla de la capilla, junto al asiento de los fieles—. No tiene sentido…

—No sé si lo tiene, reverendo, pero así ha sido. Si quiere acompañarme… —miró al exterior, a la luz lívida del amanecer—. Todavía no se ha levantado mucha gente en el pueblo, y…

—Claro que te acompañaré —afirmó rotundamente Durham, oprimiendo con fuerza su Evangelio encuadernado en negro con cantos dorados—. Vamos allá, y pronto. ¿Has traído carruaje?

—No, señor. Me asusté tanto que… que vine corriendo… —tomó aliento el sepulturero, enjugándose el sudor del curtido rostro —. No me crucé a nadie en el camino. Si no, no hubiera sabido qué decirle…

—Más vale así. Tomaremos mi carruaje. No es muy rápido, ni falta que hace. Es un modo más discreto de llegar allí —avanzó, pero antes de desaparecer por la puerta lateral de su capilla, aferró

con mano firme el brazo de Morgan, mirándole a los ojos—. ¿Cómo… cómo dejaste las cosas… en el cementerio?

El hombre se estremeció. La gorra dio más vueltas nerviosas entre sus manos.

—Como lo encontré, señor —respiró dificultosamente, y su abultada nuez subió y bajó espasmódicamente—. No me hubiera atrevido a otra cosa, créame…

—Te creo —resopló el reverendo Durham, pasándose una mano por la frente, perlada de frío sudor.

Y desapareció por la puertecilla lateral. El sepulturero, se apresuró a seguirle. Su modo de mirar en torno, a las sombras de la capilla solitaria, revelaba algo que el hombre empleado del cementerio nunca había sentido ni conocido:

Miedo…

Un terrible miedo a algo. Él, que jamás supo lo que era semejante sentimiento.

Y ese sentimiento, ahora, parecía aferrarle de repente como una invisible, helada mano surgida de la nada. A pesar de que nadie más que él y el reverendo estuvieron allí en ese tiempo. A pesar de que la capilla estaba vacía y silenciosa, cuando ellos la dejaron.

Pero no por mucho tiempo, ésa es la verdad.

Apenas unos momentos después, sigilosamente, una sombra se materializó arriba, en el altillo que conducía a la torre y al puntiagudo campanario de la capilla, desde donde se tocaba a difuntos, a fiesta o a ceremonias religiosas dominicales.

Una sombra pausada, lenta, vacilante, insegura, que parecía renquear al andar, y cojear al descender los escalones angostos que conducían a la planta inferior.

Un solo ojo, brillante y siniestro, parpadeó en la sombra. Un extraño, redondo, claro ojo que ni siquiera parecía tener color, y era como un flotante globo maligno, en la deforme faz aplastada de un hombre sin cabello, cuyo cráneo rapado brillaba casi tanto como aquella pupila solitaria, perdida en su rostro inquietante…

* * *

—Es horrible…

—Se lo dije, reverendo.
—Más que horrible. No tiene sentido. No he visto nunca nada parecido, Morgan.
—Uf, señor. Yo trabajo en esto, y tampoco lo presencié jamás —se quejó el sepulturero—. Es… es sencillamente monstruoso.
—Monstruoso… —repitió lentamente el sacerdote—. Sí, es un término acertado, Morgan. Monstruoso. Se diría que esto sólo pudo hacerlo… un monstruo…
—Pero… ¿de qué clase, reverendo? —se lamentó el sepulturero.
Durham le estudió de soslayo. Afirmó, paseando en torno a la sepultura.
—Sí, ésa es también una buena pregunta, amigo —convino—. ¿De qué clase? No conozco a ningún monstruo en especial que haga cosas así…
—Quizá… el diablo —aventuró, tímido, el sepulturero, persignándose.
—¿El diablo? —Durham enarcó las cejas—. No sé… No creo que este trabajo entre en sus especialidades, pero los caminos del Mal son infinitos, y el enemigo siempre actúa de un modo imprevisible, para sorprendernos desarmados.
—Tuvo que ser el propio diablo quien hiciera algo así. Algo tan… tan espantoso, tan increíble, señor… —insistió Morgan, supersticioso, mirando en torno, al desolado cementerio cubierto de nieve. Luego, lentamente, bajó los ojos hacia donde yacía el cadáver desenterrado de Ana Penrose, junto al ataúd abierto, astillado, extraído de la fosa, cuya tierra aparecía amontonada, cubierta por un montículo de nieve matinal, sin endurecer pese al frío reinante.
Alrededor de los dos hombres y de la tumba violada, sólo cruces, lápidas y símbolos funerarios sobre las moradas póstumas de los forzosos huéspedes del recinto bordeado por la tapia gris y desconchada, en la suave ondulación de la colina inmediata a Gatescastle.
Y, como centro de todo, aquel cadáver…
El reverendo Patrick Durham, lo contempló una vez más, inclinándose y apoyando una rodilla entre tierra y nieve. Dominaba difícilmente su repugnancia, su aversión por aquella presencia espantosa de una forma increíble de ferocidad y de misterio inexplicable de todo punto.

Él, que conocía bien a Ana Penrose. Él, que había oficiado su reciente funeral…

Y ahora… esto.

—No, Dios mío —susurró, pasándose una mano trémula por los ojos, como queriendo borrar de ellos inútilmente la visión dantesca de la muerte en aquella forma, en aquel aspecto inédito y atroz—. Cosas así no pueden suceder…

—Pero suceden, señor. Suceden… —le recordó amargamente el sepulturero, con un movimiento de cabeza, señalando a la difunta Ana Penrose.

Y el religioso tuvo que asentir, la vista fija en lo que quedaba de Ana Penrose. En lo que era ahora su cadáver.

Porque algo había sucedido en él desde que fuera sepultado cristianamente.

Algo inaudito y aterrador.

Las mutilaciones eran atroces. Pero no era eso lo peor, sino que las huellas de auténticas dentelladas, de mordeduras voraces, se veían en sus brazos, piernas y rostro, carcomidos por aquel espantoso rastro de necrofagia increíble…

—Es… es como si alguien hubiese devorado el cadáver… —dijo el reverendo Durham, con un escalofrío.

* * *

—Devorado… —masculló el doctor Bradley, sombrío. Se echó atrás, arrancando los lentes de pinza de su aguileña nariz. Estudió largamente al reverendo Durham. Terminó inclinando la canosa cabeza medio calva ya, con aire perplejo—. No sé… No sé, la verdad.

—¿No sabe? Usted es médico. Usted ha examinado esas… esas heridas, esas señales en el cadáver. ¿Qué pudo provocarlas, sino una formidable dentadura, animal sin duda?

—Los animales no desentierran cuerpos en un cementerio, reverendo —le recordó el médico—. Su capacidad excavadora no llega a tanto.

—Según eso, ¿qué pudo suceder? ¿Supone usted que alguien desenterró el cuerpo de la muchacha, lo dejó allí, a la intemperie…

y los lobos lo devoraron a medias? —indagó el sacerdote, ceñudo.

—Los lobos… —Bradley se encogió de hombros—. Es una posibilidad, reverendo…

—Claro que lo es. Pero ellos no la desenterrarían, usted lo ha dicho. Lo que importa es dar con el profanador. Las fieras no son nunca responsables de nada… si es que fueron las fieras.

—¿Qué quiere decir? —Se sobresaltó el médico de Gatescastle.

—Oh, nada… —el reverendo agitó una mano nerviosa, tras contemplar de nuevo aquel cuerpo incompleto, tendido bajo la sábana del depósito local—. Solamente era un comentario, doctor Bradley…

—Extraño comentario el suyo, ¿no?

—Sí. Todo esto es extraño, la verdad. Quisiera saber qué sucedió aquí esta pasada noche, en el cementerio local. Por qué fue desenterrada Ana Penrose, por qué aparece el cuerpo mutilado así, con esas terribles huellas de algo incisivo, destructor, como las mandíbulas de una fiera hambrienta… ¿Cree que una autopsia aclarará algo, doctor?

—Cuando menos, estamos obligados a hacerla, reverendo. Ya he informado de ello al inspector Griswold, cuando venía hacia acá, a examinar a la desventurada joven…

—¿Qué opina el inspector de todo esto?

—Se quedó haciendo el expediente. Vendrá enseguida. ¿Quiere hablar con él, reverendo Durham?

—Sí, lo haré en cuanto llegue —convino el sacerdote, paseando reflexivo por la fría y amplia sala del depósito de cadáveres—. El inspector es un hombre comprensivo. Y bastante inteligente, para lo que es costumbre en un policía provinciano. De modo que confiemos en sus diligencias respecto a este asunto. Hacía años que no se daban violaciones de tumbas en el condado.

—Reverendo, siempre dije que existen personas que llaman al mal tiempo… —comentó el doctor Bradley, meneando su canosa cabeza con pesimismo.

—¿Personas? ¿Mal tiempo? —repitió algo perplejo el sacerdote —. ¿A qué se refiere con eso, doctor?

—Bueno, no me gustan los chismes ni los comadreos de pueblo, pero desde que él llegó aquí…

—¿Él? —insistió el reverendo—. ¿Quién?

—Me refiero a ese hombre solitario, el… el profesor Warren.

—Oh, entiendo —el reverendo Durham hizo un gesto hosco que cubrió su frente de hondos surcos—. El inquilino de Meadows Farm…

—El mismo. Me han dicho que… que ni siquiera asiste a los oficios religiosos —susurró confidencialmente el doctor Bradley, con aire de complicidad.

—Por favor, doctor Bradley —le replicó vivamente Durham, apretando de modo mecánico su negro libro evangélico—. No me dirá que se deja influir por lo que chismorrean personas como *lady* Faversham…

—¿Cómo supo usted que…? —Se detuvo el médico, carraspeando, al juzgar que había hablado de más, y se irguió, con gesto ofendido—. Bueno, reverendo, lo cierto es que muchas damas de Gatescastle opinan igual. No está bien que un hombre de estudios dé sus espaldas a la Iglesia…

—A veces, mi querido doctor, ofende más al Señor quien visita su casa sin fe y sin convicción, que quien por escepticismo o por falta de una auténtica creencia en lo divino, opta por la ausencia.

—Usted es muy flexible en eso, reverendo Durham, pero las damas creen que…

—Las damas, doctor, tienen menos conocimientos en ese terreno de los pocos que yo pueda poseer, se lo aseguro. No me duele que el profesor Warren no venga a la capilla los domingos y festivos, y sí me molestaría que lo hiciese como muchos ciudadanos de nuestra comunidad: es decir, sólo por quedar bien ante los demás.

—¡Reverendo! —Se escandalizó el doctor Bradley, abriendo mucho sus ojos tras los vidrios ovalados de sus lentes.

—Sí, ya sé lo que piensa —sonrió Durham, benévolo—. Si me oyesen *lady* Faversham y sus amigas, la señora Mead y la señora Kerrington… Pero no me oyen. De modo que hablamos de hombre a hombre. De médico de almas, a médico de cuerpos, doctor Bradley. Y créame: en estos momentos me preocupa mucho más lo sucedido con el féretro de la señorita Penrose, que lo que el profesor Warren pueda resolver en materia religiosa.

—Es que… yo me refería a ambos casos dándoles cierta conexión, reverendo.

—¿Conexión? ¿Qué clase de conexión, doctor?

—Bueno, quizá peque de atrevido, y como médico no debería hablar así, pero hay quien afirma que el profesor se dedica a experimentos… secretos. A pruebas clandestinas, prohibidas, en una palabra.

—¿Qué clase de pruebas o experimentos? —se interesó Durham.

—Disección, estudios biológicos no autorizados por el Colegio Médico ni por las autoridades científicas… —casi era un murmullo su voz confidencial—. ¿Va entendiendo?

—Claro —afirmó secamente el sacerdote—. Desde hace casi cien años, se habla de experimentos delictivos con cadáveres, no sólo en Sunderland, sino también en Londres y en todo el país. ¿Usted es de los que creen que un hombre de ciencia sería capaz de… de profanar tumbas para buscar material con el que trabajar?

—Si no hay un hospital o un ladrón de cadáveres que se los procure… ¿por qué no?

Durham estudió pensativo al médico. Luego, sus ojos fueron al cuerpo tapado de Ana Penrose. Sus labios musitaron apagadamente:

—Si esas mutilaciones estuvieran hechas con un bisturí, con un arma cortante, y los cortes fuesen limpios, todavía, pero así… con esas huellas de… de mordiscos feroces… ¿cómo imaginarse tal cosa, doctor Bradley? No, no. El profesor Warren podrá ser un investigador poco escrupuloso, si usted quiere, pero de eso a que sea un hombre-lobo o cosa parecida… creo que hay mucha diferencia, ¿no cree?

—No sé qué pensar, reverendo, pero ¿usted le encuentra alguna explicación racional al hecho de que el cuerpo de una hermosa muchacha recién fallecida esté desenterrado, roto su ataúd, levantada la tierra y la lápida de su tumba… y haya sufrido esas extrañas, brutales mutilaciones totalmente inexplicables de todo punto?

—Lo cierto es que… no —convino el sacerdote evangelista, con gesto sombrío—. Y eso es lo que más me preocupa, ciertamente… Le ruego que haga pronto esa autopsia, doctor. Y esperemos que el bueno del inspector Griswold… encuentre algún indicio que aclare el misterio. Aunque mucho me temo que no sea así.

Y no fue así.

Aparte de ello, solamente veinticuatro horas más tarde, era hallado el segundo cadáver exhumado misteriosamente durante la

noche.

El cuerpo, entre las astillas de su destrozado féretro, también esta vez mostraba claras señales de mordeduras monstruosas y salvajes en sus mutilados miembros.

Nuevamente aparecía el signo siniestro de la necrofagia en Gatescastle, al norte de Inglaterra, bajo la nevada inclemencia de aquel frío mes de febrero…

* * *

Richard Hastings suspiró, consultando su reloj de bolsillo, de plata maciza, con la vieja dedicatoria de su padre, el difunto Richard Hastings, fundador de la firma Hastings, Hastings and Sons, con su hermano Ralph Hastings y los hijos de ambos, Richard y Leonard. Éste último había renunciado a la firma con anterioridad, estableciéndose como abogado en el Continente, y a la muerte del padre del joven Richard, siguió la enfermedad que tenía casi retirado de la tarea profesional al no menos viejo tío Leonard.

Por tanto, Richard júnior era el único director de la firma legal, ayudado por un nuevo socio y colaborador en el bufete de Londres, cuando él estaba ausente.

Ésta era una de esas ocasiones, pero Richard estaba aprovechando una semana de vacaciones bien ganada. Y la utilizaba, inicialmente, en un viaje al norte del país. Exactamente a Sunderland. A un pequeño lugar poco conocido, llamado Gatescastle…

—Las once y media —musitó, cerrando de nuevo la tapa de su macizo reloj familiar—. Espero que llegue allí antes de este anochecer…

El tren llevaba algún retraso, en su largo recorrido desde Londres, y sus paradas interminables en toda ciudad medianamente importante del trayecto. Pero aun así, seguía confiando en que la noche le sorprendería ya en Gatescastle.

Especialmente, dándose la circunstancia de que a las once y media de aquella fría, inclemente mañana invernal, estuviese el ferrocarril a punto de salir de la estación de Middlesbrough, encarada al gélido y desapacible mar del Norte, con sus olas

rompiendo furiosas en los acantilados de la sombría y vieja ciudad costera.

Un cálculo optimista de la situación, fijaba la posible llegada a Gatescastle cosa de siete horas más tarde, a lo sumo, teniendo en cuenta las inevitables paradas que aún quedaban intermedias en el camino.

Sus optimistas impresiones se vieron fácilmente confirmadas poco después, al silbar la locomotora, iniciando la marcha el convoy, con un fatigoso jadeo de vapores blancos, bielas y ruedas.

—¿Con su permiso, caballero? —preguntó suavemente la voz educada y correcta.

Se volvió, sorprendido. E hizo un rápido, afable gesto de asentimiento el joven Hastings.

—Por supuesto, reverendo —asintió—. Puede acomodarse, se lo ruego. Viajo solo en este compartimiento, justo desde Scarborough…

—Gracias, es muy amable —suspiró el sacerdote fornido, de canosos cabellos cortos, rostro rubicundo y ojos verde oscuros, con una sonrisa cordial, depositando su maletín negro, de piel, sobre la rejilla alta del asiento situado frente a Richard Hastings—. Si me descuido, pierdo el tren… Y eso hubiera supuesto un considerable retraso en llegar a Gatescastle…

—¿Cómo? —Se extrañó Richard, mirándole interesado—. ¿Va usted también allí?

—Vaya, veo que somos compañeros de viaje hasta el mismo destino —rió suavemente el sacerdote. Afirmó despacio—: Sí, voy a Gatescastle. Soy el nuevo coadjutor de la capilla de ese pueblo. ¿Es usted de allí, señor…?

—Hastings. Richard Hastings, de Londres —negó luego—. No, no soy de allí. Pero conozco a alguien en el lugar. ¿Usted no ha estado antes en ese lugar?

—Pues… no. Nunca estuve allí, la verdad —oprimió sobre su regazo el libro religioso, y contempló el nevado exterior, a través de los empañados cristales de la ventanilla del compartimiento. El tren iba rodando a mayor y mayor velocidad por momentos, quizá para ganar el tiempo perdido en las demoras. El paisaje era una llanura áspera, de árboles desnudos, de ríos helados y de festones de nieve impoluta sobre los arbustos pelados. El invierno se hacía

omnipresente por doquier, y su frío sutil penetraba por todas las rendijas del vagón. Tras un silencio, indagó curioso—: ¿Qué tal es el lugar, señor Hastings?

—Como todos los pueblos de la región —sonrió Richard—. Pequeño, rústico, pintoresco, de gentes cordiales y charlatanas, de buena cerveza en las tabernas, y de ambiente bastante aburrido, sobre todo cuando hace mal tiempo.

—No es muy halagador el cuadro que me pinta —rió el sacerdote evangelista—. Oh, perdone. No le dije mi nombre. Soy el reverendo Stack, de Sheffield. Habitualmente, me envían a lugares del Norte a ejercer mi misión sacerdotal. Espero que el tiempo que esté en Gatescastle sea provechoso. No para mí, sino para aquellos a quienes debo servir. Y muy especialmente, para bien del Señor…

La conversación continuó en términos cordiales entre Hastings y el nuevo coadjutor de la capilla de Gatescastle.

El convoy avanzaba sobre la pradera nevada, hacia su destino en el norte del país. Ni uno ni otro parecían capaces de intuir que iban a un auténtico infierno de horrores y de misterio demoníaco.

Y que en aquellos mismos momentos, con la fría mañana invernal, bajo los blancos copos de nieve, un nuevo horror se desataba en el que hasta entonces fuera apacible lugar…

Pero aquel nuevo desastre había comenzado realmente la noche antes, cuando Richard Hastings viajaba en el ferrocarril, muy lejos aún de aquellas regiones norteñas.

Y había comenzado tras el segundo acto de necrofagia, cuando el reverendo Durham pensó en actuar, dispuesto a todo, enfrentándose él solo al demonio que parecía andar suelto por Gatescastle y su cementerio profanado…

CAPÍTULO III

LO QUE VIO EL REVERENDO DURHAM

El segundo fenómeno.

El segundo atentado infame a la eterna paz de los difuntos.

El reverendo Durham se persignó, horrorizado, ante el espectáculo deprimente, repulsivo y atroz que se le ofrecía.

La muerte del joven Hamilton Blair era anterior a la de Ana Penrose, por supuesto. Pero sólo en cosa de diez o doce fechas. No era mucha la gente que fallecía en Gatescastle, quizá porque tampoco eran muchos sus habitantes. Y su clima, aunque frío y duro en invierno, y poco caluroso en el verano, no era de los peores del país. La ausencia de humedad, salvo en las temporadas de lluvia, su elevación sobre el nivel del mar, que se estrellaba a no muchas millas de allí, en los acantilados de Sunderland, beneficiaba sin duda al saludable nivel de los conciudadanos.

La tuberculosis había minado la salud del joven Blair, provocando su muerte a los veintisiete años escasos. Todavía la Medicina no había logrado vencer al bacilo de Koch ni siquiera en sus inicios.

El joven Hamilton Blair ofrecía ahora, a ojos del inspector de la policía local, Griswold, del reverendo Durham y del sepulturero Morgan, testigos de la matinal escena aterradora, un aspecto estremecedor, angustioso, intolerable para una persona sensible. El sacerdote anglicano lo era, pero se dominaba cuanto podía para vencer su náusea.

Nunca había visto destrozo semejante en un cuerpo humano. Mandíbulas feroces, habían triturado la cérea carne, a medio descomponer, del joven Blair. Su boca y ojos tumefactos, fueron sin duda excelente carnada para animales que podían ser lobos,

mastines o fieras de la más abyecta condición, si es que no se trataba de buitres, aves poco frecuentes, por no decir nada, en la región de Gatescastle.

También sus manos, sus piernas medio deshuesadas ya, fueron pasto de monstruosas fauces ignoradas, más propias de una nefanda selva de monstruos carnívoros que de un apacible paraje británico, cercano a la frontera escocesa.

—Es horrible… —jadeó el policía Griswold, con sincero pavor y muy escasa originalidad—. No hace tanto tiempo que nieva, para que los lobos se sientan tan feroces y desciendan de las montañas…

—¿Lobos? —Durham enarcó las cejas—. No sé, no sé…

—¿Qué está pensando, reverendo? —se interesó la rolliza y rechoncha autoridad local, quitándose de los labios su tradicional pipa de cedro, minuciosamente tallada, y humeando buen tabaco de hebra.

—Si lo supiera, Dios mío… —elevó los ojos al cielo plomizo, turbio, oscuro y triste. En derredor de ellos, el cementerio ofrecía una superficie cristalina, de hielo endurecido. Había dejado de nevar a primera hora de la mañana. Aún así, las hirsutas cejas del triturado rostro juvenil de Hamilton Blair, así como su largo cabello, negro y sedoso, aparecían salpicados de cristales de hielo. La nieve formaba un festón desagradable y blancuzco en torno a los lívidos labios descompuestos, como una espuma lúgubre.

El cementerio de Gatescastle parecía el lugar más apacible del mundo. Donde nada anormal ni insólito podía suceder, para turbar la paz de sus serenos, callados moradores.

Y sin embargo…

Sin embargo, allí estaba Hamilton Blair. Como antes estuvo la joven Ana Penrose.

—He enviado un telegrama a Scotland Yard —informó escuetamente Griswold, dando una chupada a su pipa y hundiendo luego sus manos en los amplios bolsillos de su gabán a cuadros, de buen cheviot británico—. Espero que nos envíen a algún agente que aclare esto. Si hay fieras sanguinarias, ciertamente, no todo se aclara así. Alguien desentierra los cuerpos, antes de que se produzca la necrofagia, reverendo.

—Eso es obvio. No conozco ninguna clase de fiera que desentierre cadáveres con ataúdes, sepultados a varios pies de

profundidad y con una lápida encima.

Reinó el silencio. Morgan, el sepulturero, miraba a uno y otro con desconfianza y temor. Tenía más enrojecidas las mejillas y la abultada nariz aquellos dos últimos días, y el reverendo Durham hubiera podido jurar que eso tampoco se debía a la mayor intensidad del frío reinante. La ginebra y la cerveza no podían ser ajenas a semejante tinte facial.

—¿Qué vamos a hacer, entonces? —susurró.

—No lo sé —confesó Griswold, encogiéndose de hombros—. Si pongo al agente Travers de vigilancia por la noche en este lugar, es capaz de pedir la baja del Cuerpo. Además de supersticioso, tiene un miedo cerval a los difuntos.

—Está el agente McKay… —señaló Durham, pensativo, paseando sobre la endurecida costra de hielo vidrioso—. Él no es supersticioso ni tiene miedo a los muertos, que yo sepa.

—Seguro —convino Griswold de mala gana—. Su tía, la señora Carrados, es espiritista… y casi medio bruja…

—Se dice que invoca a las almas de los que han muerto, y condena al fuego eterno a los cuerpos mortales que yacen aquí, sólo con desearlo —mascullò Morgan, inquieto.

—Paparruchas —cortó secamente el sacerdote—. La señora Carrados, la tía del policía McKay, es una dama solitaria y rara, poco dada a visitas y a salir ella misma de casa. Todos la temen o la odian por simple ridiculez supersticiosa, pero eso es todo. No apruebo sus sesiones y prácticas espiritistas y todo eso, pero siempre gusta la gente de exagerar, atribuyendo poderes infernales a las personas que no le son simpáticas y ofrecen alguna rareza en su modo de vivir. Recuerde, Morgan, que no me gustaron nunca las *cazas de brujas* de nuestra historia. Ni las de ningún país.

—El reverendo tiene razón —convino Griswold—. Pero precisamente por ser McKay el sobrino de la señora Carrados, con su mala fama, su casona solitaria y sus prácticas misteriosas, prefiero que no sea él quien se ocupe de vigilar aquí dentro. Si algo sucediera, la gente sería capaz de acusar a la señora Carrados o al propio agente McKay, como familiar suyo, de ser responsable de ello.

—Tal vez tenga razón —aceptó el reverendo Durham—. Pero tenemos que no existe ningún otro policía en Gatescastle, inspector.

—Estoy yo —dijo fríamente el policía.

—Bien —le miró el sacerdote, pensativo—. ¿Piensa usted quedarse a vigilar?

—Lo haré, sí. Esta misma noche —afirmó rotundo el inspector —. Dormiré durante el día. Pero esta semana pienso pasarla aquí noche tras noche.

—Le acompañaré, inspector.

—¿Usted, reverendo? —Se sorprendió el policía.

—Si no se opone usted, claro está.

—Bueno, lo cierto es que nada más confortable para uno que tener compañía, durante una vigilia tan poco grata —resopló Griswold—. Y más, si esa compañía es un ministro del Señor. Pero ¿cree que va a conseguir algo quedándose conmigo en este lugar?

—Dos personas siempre son preferibles a una sola, cuando la misión es arriesgada… y como usted ha dicho, tan poco agradable —sonrió dulcemente el sacerdote.

—Conforme —aceptó Griswold—. Quédese conmigo, reverendo. Y gracias por su ofrecimiento. Planearemos nuestra actividad nocturna después. Antes, quiero ver al doctor Bradley y saber qué resultó de la autopsia de la joven Penrose…

—Gustosamente iré con usted a ver al doctor. También me intriga ese informe…

—Como usted guste, reverendo —sonrió el policía—. Creo que puede ser un excelente ayudante para mí, en este maldito y sórdido caso que no acabo de entender…

Y los dos hombres, ante la mirada perpleja de Morgan, se ocuparon de tapar el cadáver con una manta, y tras recomendarle que no cesara de vigilarlo muy de cerca, se ausentaron, de regreso al centro del pueblo.

* * *

—Evidentemente, caballeros, se trata de unas fauces animales.

—Era de suponer —aceptó Griswold, pensativo—. Pero ¿qué clase de animal, doctor Bradley?

—Sinceramente… no lo sé.

—¿No lo sabe? —Se asombró el policía—. ¡Su análisis tiene que

haber revelado la presencia de saliva, de babas de animal en los mordiscos a los cadáveres! ¡La forma de los colmillos, el modo de morder, las incisiones y todo eso, el tamaño mismo de cada mordedura al cuerpo desenterrado! En fin, no pretendo enseñarle su tarea, doctor Bradley. Sólo recordarle que usted es nuestro único médico en la localidad y, por tanto, nuestro forense cuando viene el caso. Lo ha hecho otras veces satisfactoriamente, y no me caben dudas de su eficiencia profesional. Entonces, ¿a qué viene esa negativa suya de ahora?

El doctor Bradley le había escuchado atentamente, apoyado en la pared desnuda del feo y lóbrego edificio destinado a depósito de cadáveres, sala de autopsias y unas cuantas cosas más, en el viejo caserón anexo a la pequeña comisaría de policía local, y situado frente a la cantina que su propietario, el irlandés O'Hara, bautizase con el humorístico nombre de «Al buen bebedor vivo o muerto».

Luego, quitándose lentamente los lentes de pinza de su afilada nariz, habló con tono grave, lleno de seriedad y de disgusto:

—Mi querido inspector Griswold, nadie como yo ha deseado dar algo de luz a este feo caso surgido en nuestra comunidad inexplicablemente. Pero debo confesarle dos cosas: la primera, que las incisiones, limpias, precisas, fuertes y contundentes, se deben a unas fauces de regulares dimensiones, que podrían pertenecer a cualquier clase de animal, desde un gorila hasta un lobo de considerable tamaño, sin que deje huellas especiales de incisivos o molares que nos revelen gran cosa, en especial por los desgarros posteriores en la carne de la muerta, sin duda al tirar de su bocado la fiera. En segundo lugar, no hay babas apenas, como usted afirma, en las huellas de mordeduras. Y las leves muestras de baba que pude obtener, me han dado un resultado ridículo y absurdo, al ser examinadas al microscopio, inspector.

—¿Resultado… ridículo? —Se sorprendió el policía.

—¿Absurdo? —remachó el reverendo, con aire perplejo, haciendo otra pregunta inmediatamente—: ¿Por qué, doctor? ¿A qué le califica usted de *ridículo y absurdo*?

—Al hecho de que las únicas muestras de saliva animal que he hallado en las incisiones y mutilaciones del cadáver… corresponden a un ser humano.

* * *

Un ser humano…

La idea daba vueltas en la mente del reverendo Durham, mientras montaba guardia, no lejos del inspector Griswold, allá entre los matorrales nevados y las cruces y lápidas de las tumbas, en la noche fría, helada, del cementerio de Gatescastle. Ambos hombres, de mutuo acuerdo, se habían asignado lugares equidistantes de la tumba que más probabilidades tenía de ser profanada esa noche, si es que el fenómeno horrible se repetía, por el misterioso o misteriosos monstruos necrófagos.

La tumba de la niña Allyson Bates, fallecida dos semanas antes, última difunta previa al fallecimiento del joven Hamilton Blair.

Eran ya cerca de las doce. La medianoche estaba próxima. Y el reverendo Durham se preguntaba cuándo sucedería algo que rompiese la espera tensa, inquietante, encogido el cuerpo, ateridos los miembros, helada la faz en la noche invernal, oscura, sin nieve cayendo del cielo nuboso, pero con una baja temperatura reinante.

Las nubes estaban rompiendo en parte esa noche, y una luna tímida y lechosa había llegado a insinuarse en dos o tres ocasiones entre los jirones plomizos, para volver a ocultarse a ojos de los dos hombres que vigilaban en el interior del camposanto.

El tiempo transcurría lentamente para el reverendo, cuyos ojos, habituados a la oscuridad, vislumbraban cada matiz, cada perfil de lápidas, cruces e incluso figuras angélicas de los panteones más suntuosos del lugar.

También era cierto que, a medida que ganaba en nitidez su mirada, en la costumbre a la sombra nocturna, perdía en serenidad, y a veces creía ver bailotear una sombra, moverse una figura entre las formas de piedra lívida, entre las fosas y nichos, o detrás de los panteones escultóricos.

Pero todo eso era falso, y él lo sabía. Pura imaginación, provocada por la espera, la tensión, el esfuerzo visual, la oscuridad, las formas indefinibles y oscilantes del cementerio, movidas por el cierzo nocturno, el mismo que arrastraba los nubarrones hacia las costas de Sunderland, a bastante baja altura, rozando incluso el campanario de las ruinas de aquella vieja abadía, no lejana al cementerio, cuya silueta gótica se recortaba en la noche, como un

espectro más. Un fantasma de piedra y de hiedra, olvidado por los hombres en el páramo nevado…

La única arma del reverendo Durham, en aquella vela tensa e inquieta, se oprimía entre sus dedos, contra el pecho enlutado: la cruz.

Un crucifijo plateado, sólido, no mayor que una pistola, pero para él infinitamente más poderoso y confortante que cualquier arma humana. Confiaba en que si eran los hombres los culpables de aquel horror, su fuerza física y el arma del inspector Griswold bastarían.

Pero si lo que aterrorizaba a Gatescastle venía de un *más allá* ignoto, si era una fuerza demoníaca la que movía a un poder siniestro que no era de este mundo, la cruz sería su más poderosa y limpia arma.

El reverendo Durham estaba, pues, tranquilo, fuese lo que fuere lo que sucediera esa noche en el camposanto dos veces profanado hasta entonces.

Sus dedos oprimieron con mayor fuerza la cruz cuando allá, en la distancia, un reloj desgranó lentamente doce campanadas, que parecieron rebotar con ecos lúgubres por las silenciosas y estrechas calles del típico pueblecillo británico.

Luego, como coincidiendo con esa señal de la medianoche, de la mágica hora de lo sobrenatural y lo temible, un soplo helado de viento barrió de nubes el cielo, sobre las cabezas de los ocultos Griswold y Durham.

Una media luna pálida y triste brilló en el cielo nítidamente, casi deslumbrando al sacerdote anglicano, por lo súbito y vivo de su luz, rompiendo las tinieblas de medianoche.

Y los ojos desorbitados del sacerdote se clavaron en… en aquello.

Vieron, casi cara a cara, al horror viviente que se movía hacia la tumba angelical de la pequeña Allyson Bates…

Los cabellos del reverendo se erizaron. Su boca trémula se abrió para emitir un grito ronco, un alarido de pavor infinito, en tanto la mano crispada alzaba débilmente la cruz, que centelleó, como un doble ángulo de plata, bajo el destello frío de la luna.

Luego, la mano aterida dejó caer la cruz insensiblemente. El reverendo Durham, con su grito agudo, congelado en la boca, en los

labios, en el aire yerto de la noche invernal, se quedó allí, contemplando a aquella alucinante verdad que le sacudía como una enloquecedora fuerza capaz de aniquilarle…

Y se desplomó, inconsciente, indefenso, mientras aquello se movía, se movía… y ni la más leve señal de vida procedía del cercano escondrijo del inspector Griswold.

CAPÍTULO IV

FORASTEROS

El tren llegó a Gatescastle al atardecer.

Con un último y cansado resoplido de la locomotora, jadeante de vapor, el convoy se detuvo en su pequeña y pintoresca estación, frente a la alameda cuyos desnudos árboles ofrecían sus ramas sin hojarasca, alzadas igual que brazos esqueléticos al plomizo cielo de febrero.

Caían unos leves copos de nieve, escasos y pequeños, como papelitos blancos en un carnaval melancólico. El reverendo Stack y Richard Hastings, descendieron con sus equipajes respectivos, no demasiado voluminosos en ninguno de ambos casos, a la fría intemperie del andén.

Se sorprendieron de no ver prácticamente a nadie, salvo al jefe de estación, allá al final del andén, y a alguien que se movía tras una vidriera polvorienta, a la luz amarilla de alguna lámpara de gas, dentro de una oficina donde se leía: «Telégrafo y facturación».

—No es una bienvenida en olor de multitudes, precisamente —sonrió el reverendo Stack, frunciendo el ceño, y recorriendo con sus pequeños ojos, astutos y vivaces, toda la extensión del andén—. ¿No le esperaba nadie a usted, señor Hastings?

—No, nadie —suspiró Richard—. Es un viaje sorpresa. Pero a usted sí imaginé que le aguardaría el reverendo Durham, a quien conocí superficialmente cuando estuve aquí un solo día.

—También mí viaje es por sorpresa —rió el nuevo coadjutor procedente de Sheffield. Lo que me sorprende es no ver a curiosos, a gente que pasee… Es sábado, y solamente son las siete de la tarde… Insólito en un lugar de esta región de Inglaterra, créame. Conozco las costumbres de sus habitantes, y esto no encaja en ello,

por mucho frío que haga. La calle principal y la estación son sus lugares de paseo festivo.

—Creo que no lograremos nada, salvo helarnos por completo, si charlamos aquí sobre las costumbres de la gente de Gatescastle, reverendo. ¿Qué tal si buscamos un carruaje para ir al pueblo? La estación dista casi media milla de la población. Y con este frío y el suelo helado, no sería un grato paseo…

—Conforme —el reverendo Stack miró en torno, avanzando decidido por el andén—. Pero ¿usted ve algún carruaje que pueda llevarnos?

—No —confesó con disgusto Richard, buscando en vano por doquier—. Sin embargo, recuerdo que había dos carruajes o tres cuando estuve aquí la vez anterior, esperando viajeros en cada tren…

—Pues esa costumbre también ha debido cambiar de repente —se dijo en voz alta el sacerdote—. A menos que la gente haya evacuado en su totalidad este pueblo… ¿Vamos andando, señor Hastings?

—¡Qué remedio! —Suspiró él, encogiéndose de hombros—. No le veo otra solución…

Y los dos hombres emprendieron la marcha hacia Gatescastle, por la larga alameda, desierta y sombría, entre las hileras de árboles desnudos. Sin una luz. Sin la vecindad de ser viviente alguno, una vez dejaron atrás la estación, con sus dos silenciosos funcionarios

* * *

—Hemos llegado, amigo mío —suspiró el reverendo Stack, parándose en medio de la calle.

—Eso es obvio —perplejo, Richard miró en derredor. La calle zigzagueante, empinada, de aceras angostas y suelo empedrado, la capilla al fondo, las luces amarillas de la fonda, allá a la izquierda, a mitad de la calle, con su muestra de hierro oxidado, oscilando chirriante al frío cierzo de la noche:

LAS ARMAS DEL DUQUE DE SUNDERLAND
Alojamiento-Comidas-Bebidas

—¿Y qué se hizo de la gente? —Sonó la voz ahogada del reverendo Stack, sobre el murmullo ululante del viento que barría la calle de arriba abajo, agitando su levita negra, y la gris clara de Richard, así como el vuelo de su macferlán azul oscuro.

—Eso quisiera saber —confesó Richard Hastings—. Nunca vi esto tan desolado… Quizá forme parte de sus costumbres de invierno.

—Quizá —admitió el reverendo, no muy convencido.

Los dos hombres se miraron. Y, como de mutuo acuerdo, se encaminaron a las luces acogedoras que brillaban tras los vidrios emplomados de Las Armas del Duque de Sunderland. La idea de una sala con un hogar de leños chisporroteantes, una buena pinta de cerveza y un plato de comida caliente, parecía dar fuerzas a sus ateridos miembros para terminar el paseo calle arriba, con ciertas energías y hasta con optimismo. Pese a que el clima en derredor, silente, frío y hostil, no era de lo más adecuado para sentirse optimistas.

Llegaron a la puerta de la fonda. Empujaron la puerta vidriera, y entraron.

Una nueva sorpresa les esperaba allí dentro, tras el acogedor soplo de aire caliente y confortable en sus rostros.

La sala de bebidas y comidas del albergue, habitual centro de reunión de casi todos los buenos bebedores del pueblo, así como de quien quería saborear las excelentes chuletas, el sabroso rosbif con guarnición, o los chisporroteantes huevos con bacon, todo ello bien regado por la jarra de espumosa cerveza dorada o negra, especialidad de la región, aparecía ahora totalmente desierta.

Desierta, a excepción de su rolliza cantinera y del flaco empleado del mostrador de madera de pino con superficie de estaño. Ambos les miraron, con un respingo de sorpresa, dejando de pasar cuentas sobre aquel mostrador, alargado, sobre el cual brillaban tres lámparas rosadas, de gas, dándole una claridad suave y amable.

—Eh, ¿qué ocurre? —masculló el hombrecillo, flaco y descolorido, con una expresión alarmada—. Ya íbamos a cerrar…

—Sí, íbamos a cerrar —convino la maciza, vigorosa cantinera, poniéndose en jarras y yendo hacia ellos—. Pero si son forasteros, bien venidos sean, caballeros. ¿Quieren cena y alojamiento quizá?

—Ambas cosas, sí —asintió Richard Hastings—. Cuando menos, para mí.

—Y para mí también —afirmó el evangelista, con una sonrisa—. Mañana será tiempo de alojarme en la capilla.

—¿La… capilla? —La cantinera abrió mucho los ojos, contempló al viajero y pareció advertir por vez primera la existencia de su cuello vuelto y sus negras ropas—. Oh, entiendo, reverendo. Es usted sacerdote…

—Soy el reverendo Stack, nuevo coadjutor de Gatescastle —afirmó él—. Pero mañana será mejor ocasión para molestar al reverendo Durham con mi presencia y mi alojamiento.

—¿Al reverendo… Durham? —Hastings se preguntó por qué palidecía la exuberante cantinera, de senos como cántaros, y abría tanto sus ojos al referirse al compañero de sacerdocio de su accidental amigo viajero—. Oh, claro, claro… Bien, si desean alojarse, les daré mis mejores habitaciones. No hay apenas viajeros en esta época del año, y tengo la posada vacía. Suyas son la doce y la trece. Stout, dale las llaves a los caballeros. ¿Desean algo de cena, algún plato especial…?

—Lo que haga estará bien —sonrió Hastings—. Deme la número trece, reverendo. Yo tampoco soy supersticioso, créame.

—Ninguno lo somos —convino el sacerdote, riendo—. La trece será para mí, y la doce la suya. No estaría bien que un ministro del Señor tuviera manías sobre buena o mala suerte, créame. En cuanto a la cena, opino como usted. Que nos sirvan algo caliente y apetitoso, y una buena jarra de cerveza. Es cuanto me apetece, antes de retirarme a descansar.

—Ya lo oyó —dijo Hastings, en cuya apuesta figura se fijaba la mirada de la cantinera, con el interés propio de cualquier mujer—. ¿Conforme en todo?

—Conforme, señor —asintió ella con un suspiro.

Se iba a retirar, mientras ellos tomaban las llaves de manos del flaco Stout, cuando el reverendo Stack se creyó obligado a preguntar:

—¿Qué sucede en el pueblo? ¿Por qué no hemos visto a nadie por parte alguna? ¿Tan frioleros son los habitantes de Gatescastle?

—Oh, no. Estamos acostumbrados al frío, reverendo.

—¿Entonces…? —indagó Hastings, arrugando el ceño.

—Bueno, yo… —la cantinera respiró con fuerza. Sus voluminosos pechos se agitaron bajo el tejido verde oscuro de su blusa—. Quiero decir que… mejor será que lo sepan después, caballeros. Es… es difícil de explicar… Muy difícil…

Y desapareció por la puerta de la cocina, rápidamente. Hastings y el reverendo Stack cruzaron una mirada. Como de mutuo acuerdo, buscaron ahora al descolorido Stout.

El hombrecillo, como si le atacara un enjambre de avispas, pegó un respingo y desapareció también bruscamente, por una puertecilla entre anaqueles de botellas, hacia la trastienda del figón.

—Bueno… —masculló Richard, sacudiendo la cabeza—. ¿Qué opina de esto, reverendo?

—No sé —confesó el sacerdote—. Sólo que algo raro está sucediendo aquí, amigo mío…

Y ambos hombres subieron las escaleras, de crujiente madera seca, portando sus valijas y sus respectivas llaves.

* * *

Cuando descendieron, la mesa estaba puesta, justo ante el hogar donde los leños, renovados en su provisión, chisporroteaban alegremente, envueltos en confortantes llamas. Un aroma a carne jugosa y a frito les llegó de la cocina, haciendo sentir a sus vacíos estómagos ateridos una sensación cosquilleante y gozosa.

—Creo que nunca sentí tanto apetito como esta noche —confesó el reverendo Stack afablemente, acomodándose en la mesa y mirando en torno a la vacía posada.

—Lo mismo digo —sonrió Hastings, acercándose a la mesa con paso lento.

Antes de sentarse, se abrió la puerta de la calle. Sorprendidos, ambos forasteros volvieron la cabeza hacia allá.

—Vaya, al fin vemos a alguien con vida, aparte la gente de este mesón —comentó con ironía el sacerdote.

Y así era. Un hombre alto, enjuto, de gafas de pinza y cabellos canosos, pálido el rostro, insegura la mirada, avanzó, algo tambaleante, como si estuviera ebrio, hasta el mostrador de la cantina, sin fijarse siquiera en su presencia.

Pero cuando habló, su voz serena, algo indecisa, no revelaba la menor señal de embriaguez ni nada parecido:

—Eh, Stout, por favor. Necesito tomar algo. Y algo fuerte, lo antes posible. ¿Dónde diablos andas metido ahora? Nunca como ahora he precisado de un buen trago, créeme.

—Ya va, doctor Bradley, ya va —sonó la voz calmosa del hombrecillo, allá en la trastienda, pero sin que diese señales de aparecer con la premura con que era requerido.

El llamado doctor Bradley se apoyó en el mostrador, tabaleando impaciente. Se pasó una mano por el rostro, que brillaba con algo parecido al sudor, pese al frío reinante afuera. La mano temblaba de modo ostensible.

Hastings, aún en pie, cruzó una mirada pensativa con el sacerdote. Éste enarcó las cejas, jugueteando pensativo con la pequeña cruz que colgaba de su pecho. Ambos parecían igualmente desorientados.

—Recuerdo a ese hombre —susurró Richard Hastings—. Me fue presentado hace unos meses, cuando estuve aquí la primera vez…

Y sin vacilar se dirigió al hombre del mostrador, a quien abordó, decidido:

—Doctor Bradley, buenas noches. ¿Me recuerda usted?

No podía esperar la reacción del médico que, creyéndose solo hasta entonces en la cantina, lanzó una sorda imprecación y se volvió bruscamente, mirando con sobresalto al que le interpelaba.

—Cielos… —masculló, a guisa de pretexto—. No le había visto antes… ni tampoco a ese caballero sentado a la mesa… Disculpe, señor… Sí, me parece conocerle de algo. Su rostro, su aspecto me son familiares, pero no logro…

—Mi nombre es Hastings. Richard Hastings… —le recordó él.

—Oh, ya recuerdo ahora —el doctor Bradley se dio un palmetazo en la frente—. El abogado de Londres, el joven señor Hastings… El albacea testamentario de la familia Washburn…

—Exacto. El abogado Hastings. Acabo de llegar al pueblo con ese otro caballero, el reverendo Stack, nuevo coadjutor de Gatescastle.

—Entiendo… —tragó saliva, mirando inquieto hacia Stack. Luego, fijó su mirada insegura en Richard—. ¿Qué… qué ha venido a hacer esta vez? Creí que el asunto de los Washburn estaba

totalmente resuelto…

—Tal vez nunca lo esté del todo, pero aun así, esa extraña familia y sus problemas no son la causa de mi actual visita a Gatescastle —sonrió Hastings. Luego, frunció el ceño—. Pero, doctor, ¿qué es lo que sucede aquí?

—¿Cómo? —indagó Bradley, aturdido—. ¿Es que no lo sabe?

—No sé nada de nada. No he visto a nadie, y nadie quiere decir nada por ahora en esta casa. Usted mismo parece extraño también, como preocupado, casi… casi asustado diría yo. Doctor Bradley, ¿ocurre algo grave en Gatescastle?

El médico le miró. Luego, afirmó lentamente con la cabeza, ensombrecido su gesto.

—Muy grave —aseveró, rotundo—. Lo más espantoso que jamás pudo sucedernos, señor Hastings…

Siguió una pausa. Richard le contemplaba, como esperando una respuesta concreta que ampliase su previo anuncio, pero ésta no llegaba, y el joven forastero insistió, preocupado:

—Y bien… ¿Qué es ello? ¿Acaso… una epidemia? ¿Están en cuarentena, o cosa parecida?

—¿Epidemia, cuarentena? —Agitó su canosa cabeza el doctor Bradley, negando luego—: Oh, no. Ojalá se limitara sólo a eso, señor Hastings.

—¿Quiere decir que… que es algo peor que una epidemia? —Se estremeció Richard, ya realmente asustado.

—Creo que mucho peor. No sé lo que ello sea, pero… pero alguien en nuestra comunidad ha cogido el hábito terrible de devorar cadáveres, señor Hastings…

* * *

El cubierto rodó por el suelo de madera de la posada, con estrépito que sobresaltó a ambos hombres. Tintineó el vaso, al volcarse contra el plato. El reverendo Stack se había puesto violentamente en pie.

Su silla cayó atrás, hasta muy cerca del hogar, al tiempo que la ronca voz del sacerdote reclamaba con energía:

—¿Qué ha dicho usted, doctor? ¿Devorar cadáveres?

—Es lo que dije, señor… —identificó las ropas del forastero, y su tono cobró un aire más respetuoso aún—. Perdón, reverendo. Hablé de devorar cadáveres, sí. Es lo que está sucediendo. Lo que tiene aterrado a todo el pueblo. Lo que encierra a la gente en sus casas y la hace hostil y nada hospitalaria. Todos tienen miedo. Se temen entre sí. Se persignan, ponen cruces en las puertas, e incluso, como en algunos lugares de centroeuropa, ya han empezado a recurrir al ajo como un recurso supremo. Y al muérdago, ya…

—¡Ajo, muérdago, cruces…! —El reverendo Stack sacudió su cabeza, casi iracundo—. Doctor, eso es ridículo. La cruz es algo más que un elemento de supersticiones grotescas. En cuanto al ajo y al muérdago… son cosas de los gitanos, de los transilvanos, de gente ignorante, que cree en vampiros y hombres lobo y cosas así…

—¿Cómo llamaría usted a quien se come un cadáver, desenterrándolo previamente de su fosa en el cementerio, reverendo? —Le desafió, algo irritado, el doctor Bradley—. ¿Vampiro… hombre lobo… o monstruo del Averno?

—¿Tienen pruebas de que tal cosa ha sucedido realmente, doctor? Me refiero a pruebas concretas, no a habladurías de pueblo, comadreos y supersticiones de ignorantes —avanzó combativo el rudo cura hacia el médico de Gatescastle—. Usted es un hombre de ciencia, de carrera, no un charlatán de feria.

—Reverendo, a veces dudo de todo lo que me rodea —jadeó el médico—. He hecho la autopsia a los cadáveres…

—¿Qué cadáveres?

—Los que fueron desenterrados, mordidos, comidos, en una palabra, por el monstruo inconcebible que mora entre nosotros… —se enjugó de nuevo el sudor el doctor Bradley, ahora con su arrugado pañuelo color azul pálido, con sus iniciales bordadas en un ángulo—. Ha sido espantoso todo. Pero especialmente lo de su… su compañero, el reverendo Durham…

—¿Le ha sucedido algo al reverendo Durham? —Se alarmó vivamente el compañero de viaje de Richard Hastings.

—¿Sucederle? Cielos, nadie entiende qué pudo ser, pero después de aparecer dos tumbas profanadas y dos cadáveres fuera de ellas, devorados por ese atroz necrófago que parece surgido del mismo infierno, él y el inspector de la policía local, Griswold, se quedaron vigilando toda la pasada noche en el cementerio…

—¿Y bien, doctor? —le apremió Hastings, tenso.

—Esta mañana… esta mañana tuvo lugar el peor de los horrores imaginables, señores. La fosa, el féretro de una criatura, la niña Allyson Bates, apareció violado, el cadáver desenterrado, medio devorado… y no lejos de él, destrozado a dentelladas, el cuerpo sangrante del propio inspector Griswold, con una expresión pavorosa en su rostro, con los ojos desorbitados, como enfrentado al mayor de los horrores que el ser humano pueda imaginar…

—Cielos… —el reverendo Stack apretó con fuerza su pequeño crucifijo, mirando con estupor a Richard Hastings—. ¿Ha oído eso, amigo mío?

—Lo mismo que usted —aceptó roncamente el joven abogado. Se volvió al médico—. Doctor, siga, se lo ruego. ¿Y… y el reverendo Durham? ¿Qué fue de él?

El gesto de Bradley fue tan convulso que el propio reverendo Stack, lleno de entereza y decisión, rodeó el mostrador, tomó una botella y un vaso, y sirvió una generosa ración de *whisky* al médico. Como un fantasma, trémulo e impresionado, mudo testigo del diálogo entre aquellos hombres, surgió en la puerta de la trastienda el pálido y delgaducho Stout, sin atreverse a intervenir ni siquiera para cumplir su tarea de mozo de cantina.

Se bebió de un trago Bradley el licor. Luego, tomó aliento y pareció algo más animado. Cuando menos, lo suficiente para replicar a Hastings con voz tensa:

—El… el reverendo Durham… ¡Oh, Dios mío…! El reverendo Durham… apareció como en un trance, bajo los efectos de un terrible *shock* emocional… Tenía los cabellos erizados, los ojos desorbitados, la boca contraída… No puede hablar, no razona, no dice nada ni parece sentir o escuchar nada… Es… es como si el propio diablo se hubiera enfrentado con él… y le hubiese vencido…

Hubo un silencio impresionante. El reverendo Stack apretó con fuerza el crucifijo. Paseó por la posada, en silencio. La rolliza cantinera, con su busto bailoteando poderosamente, caminaba calladamente hacia la mesa, con el humeante plato de comida para sus huéspedes. Miraba de soslayo, trémula, hacia los tres hombres, sobrecogidos por la impresión de los sucesos últimos.

—Imposible… —dijo roncamente el coadjutor evangelista, llegado de Sheffield—. El diablo nunca puede vencernos mientras

seamos lo bastante fuertes en nuestra fe, doctor…

—Pues vea a su colega, el reverendo Durham, y hábleme luego de ello —dijo, escéptico, el médico local—. Es como un pelele. Como un fantasma viviente. No habla, no entiende, no escucha, no sabe nada… Vio algo, es evidente. Algo espantoso. Vio morir al inspector Griswold, y vio devorar a la niña sepultada… pero no dice cosa alguna. No parece capaz de revelarnos la espantosa verdad, señores…

Tras otra pausa tensa, angustiosa casi, Richard Hastings tomó aliento y trató de rehacerse en el pasmo reinante. Hizo una pregunta ronca:

—¿Y… y dice usted que era… la tercera vez?

—Sí —afirmó ahogadamente Bradley, que pareció buscar a la desesperada otro trago, y, al no servírselo nadie, utilizó él la botella de *whisky* sin demora—. La niña Allyson Bates, muerta hace dos semanas, fue la tercera víctima, el tercer cadáver exhumado y… y devorado a medias…

—¿Y los anteriores, doctor?

—El anterior fue el joven Hamilton Blair, muerto hace sólo doce días… Y el primero de todos… el que empezó esta alucinante serie de horrores… el de la pobre, bella e infortunada Ana Penrose… muerta hace sólo una semana…

—¡Ana! —aulló bruscamente Hastings, palideciendo mortalmente—. ¡No!

—Eh, señor Hastings, ¿qué le pasa? ¿Por qué se pone así? —Se alarmó el doctor Bradley, dejando caer de su mano el vaso, vacío ya de *whisky*, y que rodó sobre el estaño gastado del mostrador.

—No puede ser… Ana Penrose… —repitió roncamente Richard —. ¡Ella… ella no ha muerto!

—Lo siento, señor. Si la conoció, lo ignoraba —dijo despacio el médico. Inclinó la cabeza—. Pero Ana Penrose sufría un incurable tumor en su cerebro y… y murió de resultas del mismo. Nadie pudo hacer nada por ella… En plena juventud, esa hermosa criatura dejó este mundo. Y tuvo que ser la primera que ese… que ese maldito monstruo eligiera para… para su espantoso festín…

—¡Ana! ¡Ana, no! ¡Eso no! —Sollozó ahogadamente Richard Hastings.

Y, ante el asombro de todos, se precipitó al exterior, atravesó la

puerta de vidrios emplomados y se perdió dando gritos, auténticos alaridos calle arriba, llamando a Ana Penrose con voces desgarradas, mientras el reverendo Stack pretendía, en vano, alcanzarle y retenerle.

Cuando el nuevo coadjutor de Gatescastle asomó a la nevada calle, fríamente alumbrada por débiles luces de gas, sólo pudo ver la oscura, alta silueta de Richard Hastings, su joven compañero de viaje, perdiéndose calle arriba, dejando sus huellas en la dura y crujiente capa de nieve.

Gritando en la noche desierta y silenciosa el nombre de Ana.

Y, a lo que parecía, camino del único lugar donde creía posible hallar ya a su mujer amada:

El cementerio local…

CAPÍTULO V

ANA

La lápida. El nombre…

Ana. Ana Penrose. Muerta de incurable enfermedad. Febrero de 1887…

No. No había dudas. Ninguna duda. Era inútil discutir, negarlo, gritar, desesperarse. Todo inútil. Menos llorar. Y rezar, tal vez.

Richard Hastings hizo ambas cosas, acurrucado contra el frío festón de hielo de la lápida repuesta en su sitio original. Sobre la fosa removida, vuelta a tapar. Dentro, sabía que un cuerpo incompleto, mordido por fauces monstruosas, yacía en su eterno reposo, alterado por un acto diabólico de ferocidad y de voraz perversión animal. Era todo lo que sabía. Muy poco, la verdad. Suficiente para sentir aún más dolor, más pena, más amargura.

No sólo había perdido para siempre a Ana, a la dulce Ana de sus cartas melancólicas, apasionadas, dulces o tiernas, sino que además su reposo no había sido respetado, su descanso eterno había sido alterado por una indigna y oscura profanación que no tenía sentido.

—Ana… Ana mía… —repitió una vez más, alzando sus ojos húmedos al velado, sombrío cielo nocturno, en el silencio lúgubre del cementerio local, recorrido en noches como aquélla por bestia o bestias inconcebibles, capaces de ahondar en profundas fosas, extraer cadáveres humanos desgarrando madera de féretros…

Y luego… la necrofagia.

—Necrofagia… —susurró entre dientes, estremecido. Cerró los ojos—. Increíble… increíble de todo punto, Dios mío. Esas cosas no pueden suceder en nuestro país, en nuestra civilización actual…

Transcurrieron minutos enteros de silencio y de concentración. Los dedos de Hastings se hincaban en la tierra fría, en el hielo,

hasta entumecerse. Luego, los desenterraba, sucios de la tierra blanda y húmeda. Desgranaba aquellas porciones del suelo que cubría a su amada. A la razón de su viaje a Gatescastle. Quizá, incluso, a la razón de toda su vida actual y futura.

Y ella estaba muerta.

Desaparecida definitivamente de su vida. Perdida por una eternidad.

—Ana… —repitió, una vez más, incorporándose despacio.

Leyó la lápida. Se apartó. Caminó hacia la salida del cementerio, en la noche siniestramente oscura y torva. El viento jugueteaba con arbustos secos, movía ramajes, hacía chirriar los rincones yertos del camposanto, como si éste estuviese poblado de duendes fantasmales o de espectros descamados, surgidos de las tumbas.

En cualquier lugar, unos ojos febriles, hambrientos, una boca babeante, voraz, animal y monstruosa, podía acechar a Richard Hastings. Y una forma velluda y hedionda brincar sobre él para devorarle como a los difuntos, como al desdichado inspector Griswold…

No. No sucedió nada de eso. Nadie atacó a Hastings en su marcha del cementerio.

Luego, una vez fuera del recinto funerario, más allá de las grises y agrietadas tapias del lugar, se detuvo. Vaciló, mirando al pueblo dormido y oscuro, a la vieja abadía olvidada, simple ruina gótica de un pasado distinto. Y, finalmente, a la masa oscura y lejana de un caserón que recordaba, más por las cartas de la difunta Ana Penrose que por haberlo vislumbrado un día, a distancia, desde un calesín tirado por dos briosos caballos, en su primera visita a Gatescastle.

Penrose Manor. La residencia de la familia Penrose.

El hogar de Ana. El origen de todas aquellas misivas que fueron durante meses su vida entera, el motivo de su existencia, la esperanza de un mañana tierno y emotivo, junto a una mujer a quien aprendió a amar a distancia, a través de un retrato pálido, en un medallón ovalado; a través de una serie de cartas hermosas, dulces, patéticas o tiernas, apasionadas o poéticas, según las circunstancias…

Y aquella Ana, su Ana, estaba muerta. Definitivamente muerta y enterrada, en el cementerio de Gatescastle.

Más aún; exhumada por un monstruo. Y medio devorada por

unas fauces diabólicas, que no parecían siquiera de este mundo, en un alarde infernal de necrofagia…

Insensiblemente, el impulso y los pasos de Richard Hastings le guiaron en una dirección.

En una sola dirección…

La de Penrose Manor, el hogar sombrío y abandonado de la mujer amada que ya no existía…

* * *

Penrose Manor.

Cercas de piedra con enrejado puntiagudo, con puerta amplia y fuerte… Un edificio casi gótico, de ventanas de arco elevado, de vidrios de colores opacos, de puertas macizas y de porches oscuros.

Así era Penrose Manor. Solitaria finca entre árboles, planicies desérticas, nieve helada, endurecida, el cementerio, el pueblo, la vieja abadía olvidada, entre brezos y arbustos silvestres, piedras antiguas carcomidas por el tiempo y el abandono de todas las ruinas del mundo.

Alrededor de la casa de ladrillos rojos y tejados de pizarra, jardines poco cuidados. Setos y árboles, senderos y recovecos. En el edificio, ventanas sin luces, puertas encajadas. La habitual residencia suntuosa de las buenas familias.

Los Penrose habían sido una gran familia, venida a menos. Richard Hastings sabía eso. Y poca cosa más. Sólo se preocupó siempre de una persona, desde que la vislumbró fugazmente desde un carruaje, en el paseo principal de Gatescastle: Ana Penrose, la hermosa muchacha de los tristes ojos azules y el cabello cárdeno.

La muchacha que había muerto recientemente, según el doctor Bradley. La muchacha que había sido desenterrada. Y atacada por las fauces de un devorador siniestro, de un carnívoro ávido de humano festín.

—Ana… Ana, no pudo sucederte eso. Precisamente a ti… —jadeaba Hastings, caminando junto a los arbustos desnudos, festoneados de nieve endurecida, camino de Penrose Manor—. Ana, ¿por qué tú, por qué precisamente tú…?

El viento helado de la noche, la soledad oscura y los sombríos

parajes que recorría, en desesperada marcha, no podían dar una respuesta a sus dudas, a sus incógnitas, a sus preguntas estremecidas y llenas de dolor.

Pero él seguía adelante. Seguía tambaleándose, tropezando, resbalando, aferrándose a los árboles y ramajes, acercándose más y más al fantasmal edificio que fuera morada de la mujer de aquellas cartas, de aquel retrato, de aquellos sueños. En suma, la mujer por la cual había vuelto al pueblo olvidado en las planicies heladas del norte de Inglaterra…

Y así, alcanzó Penrose Manor. Así, llegó a la verja de altos barrotes, al portalón de hierro chirriante, a la senda de gravilla cubierta de nieve y de hojarasca, al porche de entrada a la vivienda…

Y también a la puerta, siniestramente abierta, bailoteando a impulsos del viento, ofreciéndole el torvo, oscuro interior, sin barreras de ninguna clase.

Nadie parecía habitar ya la vieja casona señorial. Ninguna familia hubiese dejado una puerta así, a merced de cualquier intruso, de cualquier merodeador nocturno, tan lejos de los lugares concurridos del pueblo. Y, menos aún, deambulando por allí una fiera sanguinaria, que no vacilaba en devorar cadáveres humanos…

Richard Hastings no temió aventurarse en el edificio, en las sombras del interior, en la casa que fuera de su amada. No era hombre miedoso. Nunca tuvo miedo a nada. Y menos ahora, en que un impulso exasperado le movía, en busca de la verdad amarga, de una razón, de una evidencia. De la seguridad de que la mujer allí sepultada, bajo la lápida del cementerio, era la misma que él amó y deseó hacer suya para siempre.

La enfermedad se la había llevado para siempre, pese a los optimismos juveniles de sus tiernas misivas. Pero eso, con ser horrible, no era lo peor. Lo malo de todo aquello, es que alguien había llegado a la atroz, monstruosa aberración de romper su descanso, de sacar su cadáver de la tumba.

Y alguien, un monstruo indescriptible, había clavado sus colmillos en el cuerpo virginal, devorándolo malignamente.

Hastings sentía sobre sí el infinito horror de aquella noticia alucinante. Hastings deseaba hacer algo, y no sabía siquiera el qué. Quizá por ello, en la noche inclemente, en el territorio desconocido,

extraño para él, se movía hacia el único lugar donde hallar algo, siquiera fuese el recuerdo vivido y cercano del ser amado.

Con esa idea había llegado hasta allí. Y con esa idea penetró en Penrose Manor.

Sus pisadas se perdieron huecamente en el sombrío, lóbrego interior, rebotando en los muros y techos con ecos ahogados, tétricos e inquietantes.

Richard Hastings ni siquiera se dio cuenta de que, poco después de entrar él en la vieja y abandonada casona, unas pisadas susurrantes rozaron la hojarasca, unos ojos extraños y fríos brillaron en la oscuridad, y una sombra viviente cruzó el umbral, siguiendo en silencio al joven forastero, adentrándose también, sigilosos, en la amplia vivienda de los Penrose.

La puerta se cerró, con suave, apagado chirrido, en pos del misterioso personaje que seguía a Richard Hastings…

Pero eso, él no lo supo. No se dio cuenta de que le encerraban en el lóbrego edificio. No se enteró de que alguien iba tras él, sin apenas hacer ruido en el suelo polvoriento, de grandes baldosas enceradas…

* * *

Richard se detuvo.

Era un viejo retrato familiar, sin duda. En la amplia sala victoriana, los Penrose, enmarcados en dorado, sobre el hogar sin llamas, debían ser como un retazo de la vida familiar a finales del siglo XVIII.

Una de las damas tenía un aire singularmente parecido a Ana. Pero era más pálida, más rubia, acaso más enfermiza también.

Hastings recorrió la sala, con la vela que acababa de encender con sus fósforos, tras hallarla en el soporte de plata labrada, sobre un mueble. Encontró la llave del gas, y unos globos de luz, color azul tenue. Alzó la llama de la vela y prendió esos globos. Bastó la luz de dos de ellos para ahuyentar un poco las tinieblas y dejar danzando en la sala una serie de confusas, desiguales sombras lejanas, que parecían bailotear en los muros a cada movimiento suyo.

Afuera, en el exterior, ululaba el frío viento, haciendo crujir las maderas de postigos mal cerrados, en puertas y ventanas de la vieja casona. Y la hojarasca, en los senderos desolados del olvidado jardín, se arrastraba como pies de ánimas en pena, dando vueltas en torno al edificio.

Richard se paró ante otro cuadro. Más moderno, de ropas de aquellos años. Con predominio de tonos azules. Una melancólica muchacha de ojos azules y largo cabello rojizo le contemplaba desde el mundo sin dimensiones del lienzo.

—Ana… —susurró ahogadamente. Recordó el medallón, el retrato de desvaídos colores. No era igual, pero sí era el mismo rostro. Los ojos acaso fuesen más melancólicos allí. Y más tristes, más amargos, más lejanos. También la mujer era más delgada, más enfermiza. Pero era la misma faz. La de Ana Penrose. Y sus ropas, su aire entre romántico y dolido. Alzó los brazos hacia ella. Estrujó los dedos, entre sí, con ambas manos. Como implorando. Como en una inútil y patética oración—. Ana, cariño… ¿Por qué tuvo que suceder esto? ¿Por qué no te veré nunca, nunca más…?

El retrato no contestaba. No podía hacerlo. Los retratos nunca contestan. Tampoco lo hacen los muertos. Aunque uno pregunte, pregunte y pregunte…

Golpeó con ira una repisa de mármol, con objetos de cerámica encima. Justo bajo el gran retrato azul de Ana Penrose. Hubiera querido hacer lo mismo con quien se atrevió a profanar el eterno reposo de Ana. Con quien permitió que una fiera maldita pusiera sus repugnantes fauces sobre la hermosa criatura sin vida, arrancada de su féretro.

Pero no podía hacer nada. No sabía nada. Nadie parecía saberlo en Gatescastle. Y si alguien lo supiera, callaría. Eran tiempos de extraños actos criminales. Sabía de ladrones de cadáveres, de negociadores en cuerpos humanos para laboratorios, de experiencias prohibidas repugnantes, en hospitales y depósitos. Incluso en Londres había rumores sobre eso. Y algo más que rumores.

Sólo que allí no llegaba a tanto la cosa. Los cadáveres eran mutilados, sí. Pero no robados ni trasladados. Sencillamente, exhumados brutalmente. Y mordidos por alguna bestia feroz, desconocida. Algún sucio, repugnante animal domesticado. Pero

¿por qué? ¿Para qué? ¿Lucro con riquezas o bienes que enterrasen junto con los difuntos? Era toda una posibilidad. Sin embargo, ¿qué pudo ver el reverendo Durham, para caer en un tremendo *shock* del que no se había recuperado? ¿Qué clase de animal feroz atacó a un inspector de policía, matándole a dentelladas?

Algo muy extraño, algo increíblemente siniestro, sucedía en el lugar. Un monstruo desconocido y demoníaco andaba suelto por Gatescastle.

Todas esas ideas cruzaron la mente de Richard Hastings. Pero con ser inquietante, realmente estremecedor, no llegaba ni con mucho al horror que le producía el hecho de que ella, precisamente ella, hubiera muerto. Y hubiera sido víctima de la malvada aberración…

—Oh, Ana, perdona… —jadeó roncamente, en voz alta, hablando consigo mismo, sin importarle que su voz rebotase en ecos profundos entre los muros y los altos techos de la vieja casa en penumbras, solitaria e impresionante. Sin miedo a aquel sonido extraño y lúgubre de su propia voz—. ¡Ana, hubiera querido llegar antes, tratar de evitar todo esto! Y si ello no era posible, cuando menos para asistir a tus últimos momentos, para ayudarte en tu trance supremo, para despedirme de ti para siempre, con un verdadero beso de amor, que sellara nuestros sentimientos por la eternidad. Ana, mi vida, ¿por qué tuvo que sucedernos esto? ¿Por qué nunca llegamos a reunirnos de nuevo, a hablarnos, a cruzar palabra, a vernos el uno al otro, en este mundo en que tan fugazmente nos conocimos y en el que, sin embargo, tan intensamente llegamos a amarnos sin apenas conocernos? Ana, criatura… Ana, ¿podrás escuchar ahora la voz de este hombre desesperado, que hubiera dado media vida por estar junto a ti en aquellos momentos? ¿Por qué, cuando menos, no me esperaste?

Y bajó la cabeza, ocultando el rostro entre ambas manos, a punto de romper en sollozos ahogados, de un íntimo profundo, desgarrado dolor humano que no deseaba compartir con nadie en absoluto, salvo consigo mismo y con el recuerdo de ella…

—Richard querido…

¿Qué era aquello? Un escalofrío subió por su espina dorsal, le dio un sutil latigazo en lo más recóndito de su cerebro. Todo él se estremeció, sacudido por el crujido de las maderas en la fachada,

por el ulular del viento en el exterior, por los mil y un chasquidos de vetustos muebles dispersos por la casa…

Pero entre todo ello, su mente enfebrecida había creído captar el murmullo lejano, la voz de ultratumba, con las palabras imposibles, en alas del viento helado de la noche invernal:

«Richard querido…».

Era su voz. La voz que hubiera tenido ella, Ana. Él sabía que así debía de hablar, aunque jamás la llegó a oír.

Sus dedos se hincaron con fuerza en su rostro, apretaron sus oídos, para no sufrir nuevas alucinaciones, nuevas jugarretas malévolas de su imaginación…

—Richard, no llores…

La voz. ¡Su voz de nuevo! O, cuando menos, la voz, el susurro fantasmal de una mujer que no debía de existir ya…

Bruscamente, estuvo seguro de que eso podía ser algo más que la simple ilusión de sus sentidos, agitados por el dolor, por la exasperación, por la fiebre, por el ambiente espectral y lúgubre de aquel lugar.

Y alzó la cabeza. Separó sus manos del rostro. Giró éste, con violencia, hacia la puerta alta, amplia, abierta, de la gran biblioteca y salón de la planta baja de Penrose Manor.

—¡Oh, no, Dios mío! —aulló Richard Hastings, demudado—. ¡No, no puedes ser tú! ¡Ana!

Pero era ella.

Ana Penrose, la mujer muerta, enterrada, mutilada…

Ana, espectral y pálida, como flotando en las sombras, mirándole desde el umbral de la estancia con sus ojos infinitamente tristes y azules, desde más allá de la vida y de la muerte.

* * *

El reverendo Stack se quedó contemplando la desierta capilla, por cuyas ventanas y rendijas penetraba el frío, el viento maullante, e incluso a veces algún que otro leve copo de nieve.

—Mañana es domingo —dijo serenamente—. Se oficiarán los ritos religiosos de cada día festivo, como el Señor dispuso. Yo me encargaré de ello, ya que el reverendo Durham no puede hacerse

cargo de ello.

—Eso no quitará el miedo a la gente, reverendo —se lamentó el policía McKay, sombríamente, frotándose el mentón mal afeitado.

—Yo no hablé de quitar el miedo, sino de acatar las disposiciones del Señor, agente —le replicó con frialdad el reverendo Stack—. Aunque en mi sermón hablaré también de lo que está sucediendo, y trataré de combatir el pánico de los ciudadanos de Gatescastle, en la medida de mis fuerzas.

—Perderá su tiempo, créame —afirmó el policía—. El terror se apoderó ya de todos. No hemos logrado convencer a nadie de que todo puede tratarse de una simple maniobra de astutos ladrones de cadáveres. Todo el mundo está convencido de que el demonio mismo anda en esto.

—Agente McKay, el demonio es el Mal. Y el Mal anda siempre en todo aquello que esté reñido con el Bien. Pero eso no es suficiente. He hablado con el doctor Bradley él insiste en que la autopsia es concluyente: las únicas muestras de babas o salivas son de origen humano. Incluso los mordiscos.

—Dios mío, reverendo —se asustó McKay, haciendo bailotear sus pupilas azules y redondas con temor—. Eso sería lo peor que podría decir a la gente para calmarla. Yo sé eso, como lo sabía el inspector Griswold y el reverendo Durham, pero afirmar en público que un… un hombre pudo devorar cadáveres en el cementerio sería demasiado fuerte. Y provocaría ya una auténtica oleada de pánico.

—No pienso hablar de ello, agente —negó despacio el reverendo Stack, con un suspiro. Consultó su reloj de bolsillo—. Bien, caballeros, espero que pronto regrese mi compañero de viaje del lugar adonde se haya dirigido esta endiablada noche, y hablaré con él de la cuestión. El joven Hastings parece en todo un hombre muy sereno e inteligente. Y yo, después de haber visto en el hospital al desdichado de mi compañero, el reverendo Durham, me siento esta noche demasiado impresionado para razonar con cierta frialdad.

—Habrá visto que no le exageré en absoluto —habló roncamente el doctor Bradley—. Es algo terrible. No se recupera, no razona. Se limita a mirar con esos ojos, a balbucear frases de la Biblia, a cantar salmos que nunca termina… Y de repente, chilla, se cubre los ojos y cae en una especie de trance epiléptico. Él, que nunca sufrió nerviosismo alguno, y menos aún síntoma alguno de

epilepsia, reverendo…

El coadjutor de la capilla anglicana de Gatescastle asintió en silencio. Se volvió a McKay pensativamente.

—De modo que usted hubiera ido a la misión del inspector Griswold, de habérselo ordenado él anoche… —comentó, como distraído.

—Sí, señor —afirmó el joven policía, algo nervioso—. No sé por qué no lo hizo, a menos que fuese por… por mi tía Agnes…

—¿Su tía Agnes? ¿Qué tiene ella que ver en todo esto?

—Agnes Carrados —suspiró el doctor Bradley—. Tía del joven Dave McKay. Espiritista, mala cristiana, aislada y misteriosa, centro del comadreo local, incluso señalada como bruja o poco menos por la opinión pública…

—Entiendo. Si ocurre algo sobrenatural en el lugar… su tía tiene en apariencia la culpa, ¿no, McKay?

—Desgraciadamente, así es, señor —convino el policía con tristeza—. Mi compañero Travers pudo haber sido elegido, pero es demasiado supersticioso para soportar una noche en el cementerio. Quizá por ello, el inspector decidió cumplir personalmente esa misión. Y el reverendo Durham le acompañó…

—Ahora, el inspector está muerto, despedazado por algún ser horripilante… y mi compañero en las tareas evangélicas sufre ese misterioso *shock* del que no se recupera —anunció despacio el reverendo Stack. Inclinó la canosa cabeza, reflexivo—. Supongo, doctor Bradley, que no sospechará de ninguno de sus convecinos. Quiero decir que nadie, a su juicio, podría ser… necrófago aquí, en Gatescastle.

—¡Dios mío! —Se estremeció Bradley—. ¿Un ciudadano… devorador de difuntos? ¡Es imposible admitir tal cosa!

—Yo no acuso a nadie, ni siquiera a la señora Agnes Carrados, por muy bruja que la considere la gente. Pero a veces existieron prácticas satánicas, auténticos *sabbats* o misas negras en que los iniciados devoraron cadáveres, poseídos por Lucifer —habló jadeante el reverendo Stack, enjugándose el sudor del rostro demudado—. ¿Hubo alguna vez indicios concretos de satanismo en Gatescastle?

—No. Rotundamente no, reverendo —negó fríamente el doctor Bradley—. Sin embargo, la ciencia actual es más peligrosa en el

manejo de ciertas cosas que los propios endemoniados.

—¿Qué quiere decir?

—Lo que mucha gente sabe: existen ladrones de cadáveres, traficantes de la muerte, investigadores que practican con difuntos robados y comprados a bajo precio…

—¿Disección?

—Sí, reverendo. Disección. A eso me refería.

—Puede que en Londres, en Liverpool o en Manchester se den casos así, pero aquí, en un villorrio… Usted, doctor, es el único médico, según creo —señaló irónicamente el coadjutor anglicano.

—El único médico, pero no el único hombre de ciencia en la región, señor. El profesor Christopher Warren ocupa actualmente Meadows Farm.

—¿Quién?

—Christopher Warren. Un científico maldito. Se hablan atrocidades de él y de sus métodos. Ha logrado grandes avances en medicina y cirugía, especialmente en el terreno puramente biológico. Pero nadie sabe cómo lo hizo. Y, aunque nunca hubo pruebas, tuvo que abandonar Londres y Birmingham, por recomendación especial de las autoridades científicas del país, preocupadas por cuanto llegaba a sus oídos.

—La murmuración, doctor Bradley, es un grave mal nacional, usted lo sabe —le recordó con frialdad el reverendo Stack.

—Lo sé. Pero resulta raro que, en cada lugar que visita ese investigador, ocurra algo fuera de lo normal, en uno u otro sentido…

El sacerdote no comentó nada esta vez. Se había quedado mirando fijamente hacia las escaleras de acceso al campanario de la capilla. Con cierto sobresalto su brazo se elevó, señalando con fijeza hacia los escalones que se perdían en la sombra.

—¿Qué es eso? —indagó, preocupado, rígido su dedo índice en esa dirección.

El doctor Bradley y el agente McKay giraron la cabeza en ese mismo sentido, con sorpresa. Una figura simiesca descendía por los escalones a saltos. En la penumbra, un solo ojo, vidrioso y redondo, se clavaba en ellos malignamente, como el de un nuevo y abominable Polifemo surgido de la noche.

—Oh, ése —resopló con alivio McKay—. Es solamente Vulp.

—¿Quién?

—Vulp, el campanero. Colaborador de su compañero, el reverendo Durham. Cuida de la capilla, hace las compras… Es un verdadero monstruo deforme, medio inválido, lisiado, tuerto y tartamudo hasta casi la incoherencia. Pero también es inofensivo, leal y obediente como un perrillo.

—Dicen que su nombre verdadero es Giuseppe Vulpeni, y es hijo de italianos emigrados hace años a Inglaterra —señaló el doctor Bradley, encogiéndose de hombros—. Pero aquí, todos le conocemos por Vulp. No se mete con nadie, ni asusta a nadie, pese a su físico horrible.

El reverendo Stack ponderó tal cosa, estudiando fugazmente al ser encorvado, cojitranco, arrastrando una pierna, torcida la boca babeante, de desiguales y afilados dientes amarillos y un solitario ojo abierto y brillante en su rostro deforme, pálido, imberbe y rugoso. El ojo vacío, cerrado, y la longitud simiesca de sus brazos, le hacían parecer aún más horrible. Se maravilló Stack de que no causara miedo a nadie, con semejante aspecto.

Pero lo entendió mejor cuando el monstruoso ser se detuvo un instante ante él, y le oyó balbucear, entre babeantes hipos:

—Pobre… pobre reverendo… Él está… enfer… enfermo… Ayúdele… Ayúdele…

Y se alejó, caminando casi a saltos, aunque con una sola pierna, y llevando la otra a rastras. Desapareció tras una puerta, que chirrió cómo podía hacerlo un ataúd al cerrarse.

—Señor, ¿de dónde sacó mi colega semejante cosa? —murmuró aturdido el coadjutor.

—Lleva más de tres años con él —explicó Bradley, encogiéndose de hombros—. Creo que lo hace más por caridad, por compasión, que por otra cosa.

—Sí, seguramente —convino Stack, frunciendo el ceño.

Salieron de la capilla. El pueblo era un auténtico desierto, salpicado de escasas luces acá y allá, a lo largo de la calle nevada, que el helado viento barría con furia.

—Ni rastro de su amigo… —habló el doctor Bradley—. ¿Tiene idea del lugar adónde se dirigiría, con semejante noche?

—Sí —suspiró el coadjutor anglicano, pensativamente—. Tengo cierta idea, doctor…

No parecía dispuesto a exponerla, sin embargo. Pero de eso, el doctor Bradley y el agente McKay no llegaron a estar nunca seguros, porque en ese momento sucedió algo que impidió saberlo a ciencia cierta.

Ese algo fue un largo, terrible alarido humano.

Luego, un restallar de vidrios rotos en la cantina iluminada, allá en Las Armas del Duque de Sunderland, que abandonaran poco antes todos ellos.

—¡Auxilio! —Sonó, delirante, la voz femenina, dentro de la posada—. ¡Socorro, Dios mío! ¡Es el monstruo, es el monstruo maldito! ¡El demonio en persona…!

Les llegó, nítido, un rugido, nuevo crujido de vidrios quebrados.

Y el alarido de la cantinera se repitió, rasgando la noche con su vivo terror desesperado…

Los tres hombres se miraron sólo un instante. Luego, echaron a correr hacia la fonda de Las Armas del Duque de Sunderland.

* * *

—¡Ana! —repitió, trémulo, desgarrado, Richard Hastings—. No puedes ser tú… Eres… eres sólo una aparición de ultratumba, un espectro imposible…

Y estiró sus brazos hacia ella, se persignó, cerró sus ojos, esperando que, cuando volviera a alzar los párpados, ella ya no estuviera allí.

Porque no podía estar. Porque los muertos no vuelven a estar entre los vivos, pensó Hastings. Diga lo que diga la gente, ellos no podían regresar jamás de su mundo de sombras eternas…

Y abrió los ojos, con un jadeo.

Y ella, Ana Penrose, estaba allí. Y el hermoso fantasma continuaba erguido ante él, en la fantástica casa en sombras, mirándole con dolor, con ternura, acaso con la compasión que los vivos deben producir en aquellos que ya no lo están.

—Richard, ¿acaso… acaso me temes? ¿Te causa miedo mi presencia, la de una mujer que vuelve de la tumba? —murmuró ella apagadamente, moviéndose hacia él, andando sobre el suelo polvoriento como si no lo pisara, tan grácil y alado era su caminar.

—Ana, tú nunca podrías causarme miedo ni temor. Sólo admiración… incluso muerta —susurró Hastings, sin pestañear, sin desviar sus ojos de ella—. No sé si eres ahora una criatura divina o endemoniada. No sé si tu regreso de entre los muertos es magia diabólica o un don del cielo, pero sea lo que sea… te doy mi bienvenida, Ana. Y tocaré tu fría piel, sin temblar por la proximidad de la muerte, sin que tu frialdad me asuste o me haga retroceder, puesto que el prodigio ha sido posible…

—Richard, si tanto me amas, más allá de la vida o de la muerte… ¿podrías… podrías estrecharme entre tus brazos, sentirme junto a ti, siquiera fuese un momento tan sólo, aun sabiendo que yo no soy de este mundo, que no puedo pertenecer ya a nadie, que debo volver a una helada tumba del cementerio, para no regresar jamás? ¿Serías capaz de tanto, Richard querido? —insistió ella, con una voz profunda, dulcísima, que acaso llegaba de otro mundo, pero que a Richard Hastings le estremeció con la emotividad de lo vivo, de lo sentido, de lo palpitante incluso.

—¡Ana, mi vida! ¿Qué puede importarme a mí eso ni nada, si te tengo contra mí, junto a mi cuerpo, entre mis brazos, siquiera sea un solo instante? —jadeó el joven abogado.

Y se precipitó sobre ella. La rodeó con sus brazos, temiendo subconscientemente que la visión se evaporase, que un frío sutil e inmaterial rozara sus brazos, y toda aquella fantástica ilusión de ultratumba dejara de mostrarse a sus ojos, al desaparecer ella, de regreso a su inaccesible mundo de silencio y de oscuridad eternos.

Contra lo que esperaba, encontró un cuerpo sólido. Yerto, trémulo, pero palpitante. Frío, estremecido, pero tangible. Y lo oprimió contra sí. Y atrajo hacia él a aquella visión imposible.

E incluso puso sus labios en los helados labios de la mujer que ya no existía…

Besó la boca de Ana Penrose, la mujer enterrada en el cementerio de Gatescastle.

Luego, horrorizado por su propia audacia, pero sin temor ni repugnancia por lo que hiciera, se echó atrás, mirándola con ojos intensos, con patética expresión.

—Perdona… —jadeó—. Tal vez no debí… He ido demasiado lejos, ¿verdad, Ana?

—Te equivocas, Richard —musitó ella—. Yo no soy Ana

Penrose. Nunca lo fui.

—¿Qué? —estalló él, creyendo enloquecer—. ¿Qué mentira es ésa? ¿Qué pretendes decirme? ¿Acaso eres un súcubo hermoso y falaz? ¿Tal vez la encarnación misma de Lucifer, para perderme?

—No, Richard —sonrió ella tristemente, pero dulcemente a la vez—. Yo soy… soy Sally Penrose, la hermana gemela de Ana…

—¡No! —aulló Richard, muy pálido—. ¡Imposible! ¡Tú… tú eres mi Ana! ¡Lo sé!

—Soy tu Ana —asintió ella con suavidad—. Pero no Ana Penrose. Ella nunca te escribió. Nunca te envió un retrato o una misiva. Yo lo hice por ella. Yo firmé por ella. Creo que ella nunca supo siquiera que tú te enamoraste de ella. Ni le preocupó. Era su enfermedad incurable lo que la obsesionaba. Yo recibí tu carta, yo la contesté… y eso siguió hasta el fin. ¿Lo entiendes ahora, Richard Hastings?

CAPÍTULO VI

EL MONSTRUO

Los destrozos dentro de la posada continuaban brutalmente. Vidrios, muebles y toda clase de objetos eran destrozados por el agresor. Los alaridos de la cantinera, la rolliza y muy exuberante Kate Driscoll, rasgaban los tímpanos de los tres hombres, lanzados en defensa de la mujer en peligro.

Los policías londinenses no llevaban armas habitualmente, pero McKay sí que las llevaba por lo que pudo ver Stack. La diestra del joven agente esgrimió con energía una pistola amartillada, capaz de abatir a cualquier clase de monstruo, siempre que fuese de este mundo, lo cual era mucho suponer, dadas las siniestras circunstancias que vivía Gatescastle.

Empujaron con violencia la puerta. El reverendo apretaba con fuerza su crucifijo, en un gesto instintivo, propio de su ministerio y de su fe en otra clase de armas que no fuesen de esta vida. El doctor Bradley se limitó a empuñar una banqueta de maciza madera, apenas penetró en la sala principal del mesón, junto con los demás, y se enfrentó al terrorífico destrozo existente.

La robusta Kate Driscoll había recibido los primeros zarpazos en un lugar muy adecuado para llamar la atención de cualquier clase de monstruo completamente terreno. Su blusa, desgarrada brutalmente, exhibía un corpiño roto en dos, y unas prominencias pectorales realmente increíbles de volumen, rasgadas con surcos sanguinolentos en toda su amplitud, que era mucha.

Ella gritaba y sollozaba, encogida entre el hogar y el muro, mientras el monstruo la acorralaba allí, emitiendo jadeos bestiales, propios de una fiera.

Sin embargo, era un ser humano.

Tan alto, tan velludo y tan simiesco que hubiera podido parecer otra cosa, de no ser por su camisa desabotonada sobre el cuerpo repleto de vello, su pantalón y sus botas de piel marrón, con vuelta negra.

Un hombre lobo no hubiera mostrado tanta pelambrera, ni tan hirsuta, como la que asomaba por su camisa abierta, o la que colgaba de sus brazos y mejillas.

—Ven aquí, arpía… —le oyeron mascullar, colérico—. Tengo que destrozarte, antes de que vuelvas a burlarte de mí, maldita ramera… ¡Juro que te mataré, para ver si ese animal que devora cadáveres se harta de una vez con tus carnes de matrona provocativa…! ¡Sucia mujerzuela…!

Y saltó de nuevo sobre ella, como lo haría una fiera rabiosa, un animal selvático, traído a viva fuerza a la metrópoli, directamente desde las junglas de las colonias.

—¡Quieto, Briggs! —aulló la voz enérgica del policía McKay.

Y disparó la pistola, silbando la bala junto a la abundante, crespa y larga cabellera del hombre mono o lo que diablos fuese aquel asaltante de hembras rollizas.

El hombretón se volvió con un gruñido simiesco, dispuesto a utilizar sus enormes manazas velludas en un nuevo destrozo. Pero el chasquido del arma policial, al ser amartillada nuevamente, contuvo sus entusiasmos agresivos.

Se paró en seco, y alzó sus manos, en ademán conciliador. La faz peluda, achatada, rabiosa de expresión, se dulcificó un tanto.

—Eh, espera, McKay, maldita sea —masculló—. ¿Es que piensas matarme?

—Lo haré si no se detiene y deja de provocar problemas, Fulton Briggs —replicó sibilante el joven policía local, mirándole con rabia —. De todos modos, deberá pagar este destrozo y dejarse llevar al calabozo, cuando menos por esta noche, a la espera de lo que mañana decida el juez.

—No corras tanto, muchacho. Ésta era una cuestión personal entre… entre esa fulana y yo —dijo, señalando a la jadeante, atemorizada cantinera, que en vano pretendía cubrir sus pechos gigantescos con los jirones de tela de sus ropas desgarradas—. Tu jefe, el inspector Griswold, se limitaría a…

—Mi jefe, el inspector Griswold, está muerto ahora, no sé si por

culpa de unos lobos, de un gorila, de un monstruo desconocido… o sólo de una bestia humana como usted, Briggs. De modo que yo me hago interinamente cargo del puesto de policía, hasta que Scotland Yard envíe un inspector especial. Y mi decisión es que este escándalo lo pague con una multa, una indemnización adecuada… y la cárcel. Si intenta resistirse o escapar, haré fuego sin contemplaciones. Estoy harto de usted y de sus locuras, Briggs.

—¡No estoy loco! —rugió el hombretón, temblando con violencia.

—Pues lo parece. Despachando carne y embutidos, o matando los animales en su matadero local, será usted un tipo tranquilo e inofensivo para la comunidad, mientras no se demuestre lo contrario, Briggs. Pero tanto su afición a tener mastines feroces en su casa, provocando siempre problemas con los vagabundos e incluso con los niños traviesos, así como sus actos de agresividad, con Kate Driscoll o con cualquier otra chica del pueblo, merecen la repulsa de los ciudadanos honrados y de la propia ley. De modo que no replique. Mañana, ante el juez Parrish, podrá alegar cuanto quiera. Ahora, no ponga más difícil su situación, y venga conmigo.

—Yo… yo no voy a presentar denuncia contra él, McKay —dijo en un murmullo Kate, con expresión medrosa—. De modo que por mí puedes…

—Kate, escucha esto —cortó acremente el policía—. No me importa que temas a este energúmeno. Le voy a acusar yo mismo, por el delito de escándalo nocturno, violencia y destrozos. El doctor Bradley y el reverendo Stack son testigos de ello. Ni a mí ni a ellos nos va a amedrentar Fulton Briggs.

—¿De veras? —Rió huecamente el carnicero, agresivo—. McKay, se te han subido los humos a la cabeza. Yo puedo complicarte la vida, si pregunto al juez por qué tu tía Agnes anda cada una de estas últimas noches deambulando por ahí, tras sus sesiones espiritistas, y casualmente siempre camino del cementerio…

—¡Miente, Briggs! —Se enfureció el joven policía, enrojeciendo con violencia.

—No, no miento. Yo la vi. Y tengo alguien más para testificarlo, amigo. Acúsame formalmente ante el juez, y hablaré sobre eso.

—Está intentando coaccionar a un agente de la ley —le avisó glacialmente el reverendo Stack, terciando en la escena—. Eso será

más grave aún, cuando el doctor Bradley y yo lo mencionemos ante el juez.

—El doctor no mencionará nada —se mofó con una carcajada áspera Fulton Briggs, agitando sus velludas manazas—. Bastante tiene con ocultar sus propios líos. ¿O preferirá que yo desentierre un viejo asunto por el que tuvo que ausentarse de Lancaster, donde era médico, por el robo de cadáveres de jovencitas recién fallecidas, y no precisamente por simples miras científicas o investigadoras…?

—¡Briggs, es una de las acusaciones más vergonzosas y ruines que jamás oí! —rugió el médico, palideciendo. Trató de arrojarse sobre él, aferrando una vacía botella de cerveza, y McKay se cruzó, rápido.

—¡Quietos los dos! —Miró con asco a Briggs. Y con sospecha a Bradley—. No sé si el doctor se fue de Lancaster por esa horrenda sospecha, pero sé que si usted sigue tratando de intimidarnos, mañana va a pasarlo muy mal, y el juez puede condenarle a mucho tiempo de cárcel por coacción y calumnias.

—¿Calumnias? —Rió entre dientes el carnicero—. Tengo pruebas de todo, McKay…

—Entonces, preséntelas —cortó glacialmente el reverendo Stack —. No sé si ellos cederán a sus viles presiones, señor Briggs, pero yo, como ministro del Señor, soy testigo de cuanto aquí se hizo y se dice, y deberé testimoniar con la verdad. A mí no va a poderme asustar ni intimidar, no lo dude.

—¿De veras, reverendo? —Se burló Fulton Briggs—. Tenga cuidado. Ya ve lo que le pasó a su camarada de ministerio, por meterse donde no le llamaban…

—Si eso encierra una amenaza, señor Briggs, podría significar que usted es quien provocó el actual estado del reverendo Durham —le recordó Stack con acritud—. ¿Admite que usted visitó el cementerio, desenterró un cadáver, mató al inspector Griswold y provocó el *shock* de mi compañero?

—¿Tan feroz le parezco? —Bromeó Briggs—. Soy feo y velludo, pero no soy un hombre lobo ni un devorador de cadáveres, reverendo.

—Tal vez no. O tal vez utilice la carne humana para su comercio —señaló con ironía el sacerdote.

—¡Reverendo! —Se escandalizó Briggs, palideciendo, aun a su

pesar.

—O esos mastines suyos que antes nombraron aquí, tengan tanto apetito que necesiten alimento extra —prosiguió, implacable, la sarcástica voz del coadjutor—. En ambos casos, usted sería responsable de varios delitos muy graves: asesinato, profanación de tumbas… y necrofagia, señor Briggs.

El silencio que siguió fue aplastante. El altivo, sarcástico carnicero, bajó la cabeza, humillado. Respiró hondo. Echó a andar hacia la salida, bajo la amenaza del arma del policía McKay.

—Está bien, llévame a la celda, amigo —dijo al agente—. Pagaré mi multa y la indemnización a esa pécora. Retiro mis acusaciones de antes. El reverendo es un tipo duro, ¿no les parece?

—Sólo con quien trata de serlo conmigo —sonrió afablemente Stack, oprimiendo con suavidad sus evangelios entre los dedos.

* * *

—De modo que ésa es la historia…

—Sí, reverendo Stack —Richard Hastings señaló a su joven acompañante—. Ella es Sally Penrose. Hubo un error de principio en el asunto. Ahora sé que ella no intentó sacarme de él, quizá porque entonces hubiera sido inútil. Creía amar a Ana Penrose solamente.

—¿Y no era así? —Sonrió el reverendo.

—No. Inicialmente, me cautivó su gracia, su belleza. Era sólo curiosidad, el interés de un hombre por una bonita muchacha algo enfermiza… Después, me enamoré de unas cartas, de un retrato, de quien me escribía…

—Y quien le escribía era Sally. El retrato, era de Sally…

—Exacto. La hermana gemela de Ana. Alguien de quien nadie me habló, principalmente porque yo tampoco me preocupé nunca de saber nada de nadie, salvo de Ana. De la que luego sería mi Ana, y no la verdadera.

—De modo que vino ilusionado por ver a su enamorada, sufrió el dolor de conocer la que creía su muerte… y el posterior y trágico suceso en torno a su cuerpo… para, finalmente, encontrar de nuevo la alegría en su joven amiga de las misivas tiernas y queridas.

—Reverendo, usted retrata perfectamente mi situación —afirmó Hastings, oprimiendo una pálida, suave mano de Sally Penrose, la que para él había sido aquellos meses, a través de cartas y cartas, Ana Penrose—. Sally quiso poner a prueba mis sentimientos e incluso mi valor, cuando notó que yo creía hallarme ante una aparición sobrenatural.

—Debes perdonarme por eso, Richard —se excusó ella dulcemente. Bajó los ojos—. Temía tanto que, cuando supieras la verdad, pudieses rechazarme, decir que era Ana tu elegida y no yo… Esta noche, cuando te vi llegar a la vieja casa donde me he quedado sola desde que Ana murió, sufrí primero un gran sobresalto. Sabía que eras tú. Yo te había visto aquel día en que tú sólo tuviste ojos para Ana. Mi hermana, ni siquiera te recordaba. Su enfermedad era demasiada obsesión para ella. La pobre quería vivir, lo deseaba con todas sus fuerzas… y no le fue posible lograrlo. Lo intentó todo. Incluso… incluso ver a ese hombre que dicen es casi milagroso… Pero fracasó en todo, naturalmente. La muerte no perdona.

Sally Penrose terminó de hablar, en la mesa bien servida que la rolliza Kate Driscoll había dispuesto para todos ellos, tras el dramático incidente zanjado con la detención del brutal, enloquecido carnicero Fulton Briggs.

Richard Hastings y el sacerdote cambiaron una brusca mirada de sorpresa. Fue este último quien se inclinó curioso hacia la joven.

—¿Ese hombre, dijo usted? ¿Qué hombre es *casi milagroso*, señorita Penrose? —indagó.

—Oh, por supuesto, el científico de Meadows Farm El profesor Christopher Warren, el biólogo… Él afirma poseer casi por completo los secretos de la vida y de la muerte. Pero no pudo hacer ya nada por Ana…

Nuevamente, los ojos de Hastings y del cura anglicano se cruzaron en una significativa ojeada…

* * *

—El profesor Warren… ¿Tú fuiste a verle personalmente, Sally?

—Acompañé a Ana, eso fue todo —explicó ella, mientras rodaba

el carruaje en la oscura noche, guiado por la mano firme de Richard Hastings—. Ella fue la que habló con él, la que pasó a su consulta y estuvo largo tiempo en su compañía. Luego, regresó en algunas ocasiones a Meadows Farm, pero ya sin mí.

—Entiendo —Richard contempló el sendero, que era como un zigzagueo espectral, entre árboles desnudos y helados festones de hielo o nieve, a la claridad débil, bailoteando, de la farola de aceite que, como un fanal en la oscuridad, colgaba del pescante de aquel calesín que les prestara Kate Driscoll, la mesonera, para regresar a Penrose Manor.

Tras un silencio en el que sólo se escuchaba el rodar de las altas ruedas del carruaje, el golpeteo de los cascos de los dos caballos en la dura costra de hielo resbaladizo, y el silbido acre del viento en el yermo, añadió pausadamente Richard, volviéndose hacia el pálido y sereno semblante de su joven compañera:

—¿Qué impresión personal sacaste de ese hombre, Sally?

—¿Del profesor Christopher Warren? —Meneó la cabeza, pensativa—. Lamento disentir de la voz popular y de la opinión de las gentes de Gatescastle. Me pareció un hombre inteligente, culto y plenamente convencido de su valía. Creo que no dio excesivas esperanzas a Ana, aunque aseguró poseer medios de extirpar o destruir tumores de cualquier tipo, incluso cerebrales, siempre que las ramificaciones del mal no estuvieran ya demasiado extendidas, y la dolencia resultara incurable.

—¿Y en el caso de Ana…?

—Él no lo dijo, pero parecía temer que, por desgracia, fuese ese último caso.

—Sin embargo, aceptó tratarla. Se hizo responsable, sin ser médico ni tener permiso oficial para ejercer aquí sus métodos curativos, de la salud y de la vida misma de tu hermana.

—Ella se lo autorizó ante mi propia presencia. Además, le firmó un documento.

—¿Un documento?

—Sí. Concediéndole ese permiso de modo oficial. Ella se hacía responsable de todo.

—El profesor Warren puede que sea un gran científico, Sally. Pero de lo que no hay duda alguna es de que es muy hábil y muy listo. La ley no puede así caer sobre él…

—Creo que tampoco sería justo. Ana tenía fe en él, eso es todo. Incluso le planteó valientemente, ante mí, apenas cruzó con él unas palabras, que había oído hablar de un nuevo método curativo, de una droga maravillosa por él creada, para combatir tumores cerebrales, y quería experimentarla, si no existían otros remedios.

—¿Qué contestó él a eso?

—Fue muy cauto. Le dijo, evasivo, que la droga estaba en simple período de experimentación, y que era peligroso confiar demasiado en ella o darla por hecha. Aceptó seguir el método suyo habitual en casos así, pero no probar en absoluto con esa droga.

—Eso fue el primer día que tu hermana acudió al profesor Warren, pero dices que hubo bastantes visitas más. ¿Tal vez ella insistió de nuevo en ese punto? ¿Pidió otra el supuesto fármaco prodigioso?

—No lo sé, Richard —suspiró ella—. No sabría contestar a eso. No me comentó nada. Nada me dijo sobre sus visitas. Si le preguntaba, se limitaba a decir que todo iba bien, que tenía fe en el profesor. Era todo lo que comentaba.

—Pero nada fue bien. Ella murió, Sally.

—Sí. Murió… Con horribles dolores, además. Luego, se serenó, y cuando el doctor Bradley acudió, para darle calmantes, ya no parecía sufrir nada. Y así llegó la muerte. La vi agonizar con una dulce sonrisa. E incluso comentó algo, como despedida, que casi era un bálsamo, un consuelo para mí, Richard.

—¿Qué fue eso, Sally? —El carruaje rodaba en esos momentos frente al cementerio precisamente. Los muros grises eran manchas turbias en la noche, con sus árboles rígidos y oscuros, más allá, entre las tumbas no visibles desde la carretera. La claridad del fanal del pescante, proyectaba sombras extrañas y cambiantes en el desolado, tétrico paraje.

—Dijo… dijo que la muerte no era tan dolorosa ni tan amarga como todos creían. Que tenía algo de hermoso, de confortante y esperanzador, después de todo… Luego, expiró.

—Ya —Hastings arrugó el ceño, y manejó con más cuidado las riendas, porque los caballos se agitaban inquietos ahora, emitiendo uno de ellos un sordo relincho, y pareciendo resistirse a seguir la cabalgada, paralelo a las cercas del camposanto. Trató de dominarles con la voz también—: ¡Eh, vosotros! ¡Quietos! ¡Quietos,

diablo, que no hay fantasmas por aquí!

Los caballos no parecían demasiado convencidos sobre eso, a juzgar por sus extrañas y medrosas reacciones. Incluso daban la impresión de querer desbocarse. Sally Penrose miró a Hastings algo impresionada, y aferró su brazo con fuerza.

—¿Crees que sucede algo? —musitó—. Los animales suelen ser siempre muy intuitivos…

—Tonterías. Es un mal camino, pero eso es todo. Ellos olfatean la muerte, sin duda. Debiste quedarte en el pueblo, como te dije. Esa casona solitaria, y tú viviendo sola en ella…

—Por las mañanas va siempre la señora Treadwell a hacer la limpieza y traer la compra del día, no te preocupes —sonrió Sally, animosa. Sus azules, limpios ojos, brillaban—. Además, nunca tuve miedo a nada. Y menos, a los difuntos. Ellos no hacen nunca daño a nadie. Me siento segura en casa, pese a cuanto creas.

—No sólo hay difuntos en estos parajes, Sally —le recordó gravemente Richard—. Está también el monstruo que desentierra cadáveres… y la bestia horrible que los devora.

Notó el escalofrío de ella. Sally, pese a su valor, se acurrucó contra él. Los caballos trotaban, pero a disgusto, gracias a sus esfuerzos con las riendas y el látigo.

—Oh, Richard, eso sí que es horrible —musitó—. Como si el diablo anduviera suelto…

—El diablo no es necrófago, que yo sepa —masculló Hastings, sombrío—. Sin duda se trata de alguien mucho más tangible… y de algún animal o animales enseñados a comer cuerpos sin vida, humanos o como sean…

—¿Por qué tuvo que ser ella precisamente la primera? Mi pobre hermana…

—Eso, tal vez nunca lo sepamos… —Richard trató de controlar con férrea mano a los caballos de tiro, cuya resistencia y terror parecían ahora en plena crisis—. ¡Vamos, quietos! ¡No hagáis eso! ¡Adelante, sólo adelante, y al mismo trote, torpes!

Uno de ellos relinchó, encabritándose. Richard Hastings se ocupó en dominarle, pero su acción hizo girar el liviano carruaje, cruzándolo en el camino.

Al mismo tiempo, Sally Penrose lanzó un grito agudo, casi inhumano, del más vivo y profundo de los terrores.

—¡Sally! —jadeó Richard, palideciendo. Y giró ella la cabeza, sin dejar de manejar con mano ruda aquellas riendas que eran su única fuerza sobre los enloquecidos animales—. ¿Qué sucede…?

—¡Allí! —Sollozó la joven, convulsa, mortalmente lívida, señalando con mano temblorosa a la oscuridad—. ¡Es ella, Richard! ¡Es ella!

—Pero… ¿quién? —masculló él, excitado, intentando en vano asomar en el pescante, para ver lo que Sally había vislumbrado un segundo antes en el sendero.

—¡Ana, mi hermana! —dijo ella, con tono alucinado, erizando los cabellos de Hastings—. ¡Estaba en el sendero, mirándonos…!

CAPÍTULO VII

LO SOBRENATURAL

La sangre se congeló bruscamente en las venas de Richard Hastings, que trató de serenar a su bella compañera con voz bronca:

—¡Sally! —rugió—. ¿Qué locura es ésa que estás diciendo? ¡Tú también te has dejado impresionar, como los caballos!

—¡No, no! —Sollozó la joven, desgarradoramente. Su expresión era la de alguien al borde mismo de la demencia, y al parecer con toda la razón—. ¡Era ella, lo juro! ¡Estaba ahí, la he visto… tal y como quedó después de la profanación! ¡Mutilada, medio devorada… pero en pie, mirándonos, moviéndose…!

Furioso, Richard domeñó al fin a los asustados caballos, logró atar las riendas con rabia a un árbol del borde del sendero, y se arrojó fuera del vehículo, tras tomar del pescante el viejo pistolón que el agente McKay había insistido en cederle para aquel viaje nocturno hasta Penrose Manor.

—¡No te muevas de ahí! —exclamó roncamente—. ¡Yo pondré esto en claro, maldita sea!

—¡Richard, no me dejes! —susurró ella, estremecida, convertida su faz en una blanca mancha medrosa—. ¡Por vez primera sé lo que es el miedo!

—Diablo, y yo también —confesó él con rudeza, poniendo pie en tierra enérgicamente, y amartillando el pistolón—. Pero no ganamos nada con cerrar los ojos a la realidad. Algo sucede aquí esta noche, y por Dios que trataré de saber lo que ello sea…

Miró en torno. No había nadie en el sendero. Ni en sus límites arbolados. La luz del fanal del negro calesín de la Driscoll, difuminada en torno una claridad fantasmal, que era suficiente para advertir la ausencia de seres, vivos o muertos, en el polvoriento

camino que ahora endurecía el hielo sucio.

—No tienes nada que temer —jadeó—. No hay nadie, Sally. Si viste a alguien, es posible que lo hicieran para asustamos, con algún feo truco. Los muertos no salen de sus tumbas, compréndelo. Y menos tú infortunada hermana, para asustarte a ti. Esto ha de tener una explicación, y debemos buscarla en la cruda realidad, en nuestro mundo de vivos, lejos de ultratumba…

—Richard, aun así… no me dejes sola…

—Peligrarías más conmigo. Voy al cementerio.

—No… ¡Eso no! —musitó ella, con voz angustiada—. Puede ser… peligroso. Recuerda al inspector Griswold, al infortunado reverendo Durham…

—Recuerdo todo —sus ojos sagaces escudriñaban con ira en torno, sin descubrir nada sospechoso, natural o sobrenatural. Luego, se fijaron en la cercana silueta de las tapias altas del cementerio—. Toma el arma, Sally. Si algo sucede, dispara, aunque sólo sea para avisarme. Yo no necesito eso para recorrer el terreno.

—Richard… —ella trató de rechazar el arma, angustiadamente —. No, no lo hagas, por el amor de Dios…

—Es necesario, compréndelo. Esta oleada de superstición, de terror, ha de tener una explicación razonable. Si todos cerramos los ojos a la realidad, corremos el peligro de terminar enloqueciendo. No permitiré que sigas viviendo en este lugar, con peligros semejantes en torno tuyo, Sally. Ha llegado la hora de indagar, de averiguar lo que sea. Incluso si nos enfrentamos a fuerzas del Más Allá… hace falta valor para arrostrar la circunstancia. Vuelvo enseguida, no lo dudes.

Y echó a correr hacia el cementerio, dejando en manos de Sally Penrose el pistolón amartillado. Eso, cuando menos, le dejaba algo más tranquilo. Estaba seguro de no encontrar nada en su pesquisa. Y eso significaba que un par de minutos más tarde, estaría junto a Sally nuevamente, reanudando la marcha en aquella maldita noche de fantasmas.

El cementerio estaba ya ante él. Llevaba sólo unas horas en Gatescastle, y ya había visitado dos veces el desagradable lugar. Observó, sorprendido, que la puerta de verja estaba entreabierta. La vez anterior, cuando él abandonó el recinto, recordaba haberla ajustado. Claro que el viento era intenso, y podía moverla. Sus

propios chirridos agrios, revelaban su docilidad al soplo del frío cierzo.

Empujó del todo la puerta de hierro enmohecido, entre chirridos lúgubres y crujir del hielo que formaba una dura costra en el suelo. Contempló las formas de piedra y mármol, las lápidas, cruces y angélicas estatuas del último recinto de los humanos…

Sintió el escalofrío subir por su cuerpo, llegar a su nuca, erizando su cabello. La razón misma le llegó a vacilar, tanto como sus piernas, cuando las rodillas le cedieron, inseguras.

Algo muy parecido al terror atenazó fríamente su cuerpo, su corazón, paralizando casi el bullir de la sangre en sus venas.

—Cielos, no… —susurró, cohibido, indeciso.

Pero no era ninguna alucinación.

Sombras en movimiento, siluetas fantasmales, inciertas, se movían despacio, entre los mausoleos. No una ni dos, sino varias. Acaso cuatro o cinco, en distintas direcciones…

Silenciosa, pausada, calladamente. Como verdaderos espectros, como muertos surgidos de la tumba…

La claridad era muy difusa allí. Solamente la que llegaba de un jirón de nubes rotas, de un remoto reflejo de luz lunar, apenas escapada de entre los nubarrones oscuros que movía el viento con rapidez.

No pudo identificar nada. Eran sombras grisáceas, espectros entre lápidas y cruces…

—¡Eh, vosotros! —rugió con voz potente, dispuesto a todo—. ¿Quiénes sois y qué hacéis? ¡Volveos, seres vivos o fantasmas de ultratumba! ¡Volveos, que no os temo!

Aquella especie de vago desfile fantasmal, se detuvo en seco. Sombras grisáceas, lentas y pausadas, comenzaron a moverse en otra dirección, sin prisas.

Todas hacia él.

Richard Hastings sintió el helado sudor en su piel, el temblor sutil en su cuerpo, ante la realidad insólita…

Los fantasmas de la noche respondían a su llamada agresiva. Iban en su dirección…

No supo si esperarlos a pie firme o huir cobardemente, con el pánico en el rostro. No supo nada de nada. Ni quizá lo hubiera sabido nunca, de no ocurrir entonces.

De la carretera llegó el chillido agudo de Sally.

Y un estruendoso detonar del pistolón.

—¡Sally! —rugió, angustiado.

Y dio media vuelta, echando a correr, despavorido, pero a la vez dispuesto a todo, olvidando incluso las fantasmales sombras del cementerio que habían intentado acercarse a él cuando las reclamó.

Ahora, lo apremiante era ella. Sally. Quizá, después de todo, ella tuvo razón. Y había sido un error dejarla sola.

Richard Hastings ya no se sentía tan seguro como antes. Ya no sabía si lo que se enfrentaba a ellos era natural, de este mundo… o de ultratumba. Del reino mismo de los muertos.

Llegó pronto a la senda. Al calesín, detenido en el camino. A los caballos, nuevamente encabritados, con sus ojos desorbitados, coceando sobre el hielo, que destrozaban con sus herraduras. Intentando desprenderse del árbol al que los atara…

—¡Sally! —chilló, exasperado.

Ella no respondió. En el calesín no había nadie. En el sendero, tampoco.

La joven había desaparecido. Y la luz del fanal del pescante, revelaba algo oscuro, brillante, goteando su espesor carmesí desde el pescante al suelo. Allí, el hielo hacía resaltar su rojo oscuro y viscoso.

—¡Sangre! —jadeó Hastings, a punto de enloquecer—. ¡Dios mío, sangre de Sally…!

* * *

El pistolón yacía en el hielo sucio, no lejos del calesín. Había allí otras gotas de sangre reciente. Tocó la misma con la yema de sus dedos, retirándolos pegajosos. Alucinado, miró en torno, recuperando el arma.

De las dos balas de su recámara, sólo una se había disparado. Amartilló de nuevo, decidido a todo. Pero no había nadie en derredor, amigo o enemigo. Ni el menor rastro de Sally tampoco.

Todas sus idas y venidas fueron en vano, alrededor del calesín, entre la arboleda desnuda de hojarasca, entre los matorrales cubiertos de hielo. Allá, al fondo, el cementerio era una presencia

ominosa, con su verja abierta a la noche, a la libertad para los muertos…

Pero nada ni nadie salían de allí. A Hastings no le hubiera importado tampoco. Era Sally la que importaba ahora. Urgente, desesperadamente. Y Sally no estaba. Sally no aparecía por parte alguna. Su suerte misma era un enigma oscuro e impenetrable.

—Ella tuvo razón… —se lamentó Hastings, crispado—. Nunca debí dejarla sola. Nunca…

Ya era tarde para lamentarse. Hastings llegó de nuevo hasta la zona oscura, más allá de los árboles. Se inclinó, buscando huellas de alguien, tratando de saber adónde había ido la muchacha, de grado o por fuerza, sola o acompañada, entre gentes de este mundo o de otro más tenebroso e insondable.

No averiguó absolutamente nada. Era igual que si a ella se la hubiese tragado la tierra helada, o la hubiese arrebatado un soplo del gélido cierzo invernal. La noche ocultaba su secreto. Su siniestro, angustioso secreto.

Richard empezó a incorporarse, tras buscar huellas en vano. Cuando casi se había puesto en pie, la helada mano se posó en su cuello.

* * *

—¡Maldito sea, quienquiera que…! —rugió Hastings, revolviéndose arma en mano, presto a hacer fuego sobre vivos o muertos, apenas los fríos dedos rozaron su piel, a espaldas suyas.

—No, por todos los espíritus de la Tierra, no dispare —rogó la voz serena, calmosa, casi dulce y suplicante—. No iba a hacerle daño alguno, caballero…

Richard, demudado, contempló de cerca, muy de cerca, aquel rostro demacrado, aquellos cabellos blancos, flotando al viento nocturno, aquellos ojos pequeños y brillantes, duros y profundos, de un azul muy pálido y difuso.

La mujer se erguía ante él, envuelta en ropas oscuras, con el chal gris agitándose con el aire, en torno a su cuerpo alto y flaco. Ella misma parecía un espectro. Pero no se comportaba como tal. Era una simple dama madura, poco saludable, pero de fuerte

magnetismo personal. Incluso le sonreía, amistosa, conciliadora.

—¿Quién es usted? —masculló Richard—. ¿Qué hace aquí a estas horas?

—Es mi camino habitual durante las noches de reunión, señor —dijo ella, calmosa—. Usted sí me resulta extraño, desconocido… aunque persona de fiar sin duda.

—Muy amable —cortó él secamente—. ¿A qué se refería con eso de *noches de reunión*?

—Soy la señora Carrados. Agnes Carrados, caballero. Mi sobrino es policía en Gatescastle.

—Entiendo. Usted es… la espiritista.

—Es un modo vulgar de aludirme —replicó ella con reproche—. Los ignorantes me llaman así, caballero. En realidad, yo y quienes son como yo, buscamos la espiritualidad del hombre, e investigamos su continuidad en otro plano de vida superior, tras de su muerte. Eso no es simple espiritismo, sino la búsqueda de nuevos conceptos vitales del alma…

—Señora Carrados, no estoy para discutir problemas así en este momento. Una joven, Sally Penrose, ha desaparecido. Gritó y disparó antes. Ha sangrado, evidentemente. Y ha desaparecido de aquí, posiblemente raptada por alguien. Y espero que con vida aún… ¿Se da cuenta de la gravedad de los hechos? Usted andaba por aquí. ¿Ha logrado ver algo, señora?

—Sinceramente… no —confesó ella, con un suspiro—. Oí ese disparo y ese grito, pero de lejos. He apresurado el paso, y acabo de llegar. Me dirigía hacia el cementerio cuando le vi a usted aquí y traté de saber si le ocurría algo.

—El cementerio… —pestañeó Hastings—. ¿Es cierto que va usted cada noche allí?

—No, no cada noche, sino cuando hay reunión en mi casa. Ya entiende. Reunión *espiritista*, que diría usted… —se mostró desdeñosa al aludir al tema.

—Ya. ¿Y nunca… nunca se encontró con los salteadores de tumbas, con… con la bestia necrófaga?

—No, nunca —declaró, tranquila—. Ni los temo. A mí me protegen mis espíritus amigos. No tengo nada que temer de la otra vida. Ni, posiblemente, de ésta.

Hastings la estudió, nervioso. En el sendero se escuchaba el

rodar de algún vehículo lejano. Miró. Venían luces procedentes del pueblo. Respiró hondo. Sin duda, el grito y el disparo habían despertado la alarma. Giró la cabeza hacia el cementerio, solitario y quieto como era costumbre.

Se preguntó si, realmente, su imaginación no le habría jugado alguna mala pasada, y aquellas sombras fantasmales, como de muertos resucitados deambulando entre sus tumbas, no sería simple producto de una alucinación. Todo aquello parecía ahora ridículo, incluso ante la dura realidad de la desaparición inexplicable de Sally Penrose.

Poco más tarde, a la inefable señora Carrados, se unían su propio sobrino, el policía McKay, el atemorizado agente Travers, compañero suyo en el reducido retén policial de Gatescastle, y el reverendo Stack, con huellas de sueño interrumpido en su rostro demacrado por la inquietud.

* * *

El grupo se detuvo ante la puerta de verja oxidada. Se miraron entre sí todos. El farol de petróleo del agente Travers era el más inseguro. Bailoteaba demasiado en su mano, para ser obra del viento, ya que la fuerza de éste había cedido considerablemente.

En cambio, las luces de la señora Carrados, de su sobrino McKay, del reverendo Stack y del propio Hastings, no se movían apenas en sus firmes manos. Fue McKay quien tuvo una idea sensata al respecto.

—Travers, tú quédate afuera, vigilando —le dijo, sin ironía—. Arma en mano, ¿entiendes? Y no dudes en utilizarla, a la menor señal de alarma, aunque comprueba primero si es alguna persona amiga quien se acerca.

—Sí, conforme —aceptó Travers con un suspiro de alivio—. No me moveré de ahí.

—De eso, estoy seguro —refunfuñó McKay—. Cuando menos, no te moverás puertas adentro…

Y tras una mirada a sus acompañantes, el sobrino de la espiritista abrió la marcha hacia el interior del cementerio. Junto a Hastings se movía el sacerdote llegado aquella noche de Sheffield.

La señora Carrados escoltaba a su sobrino.

—¿Sigue convencido de que vio en realidad formas vivientes, moviéndose en torno a las tumbas? —insistió en voz baja el reverendo—. ¿Y no revelaron sobresalto ni inquietud al requerirlas usted en voz alta?

—En absoluto. Se volvieron hacia mí… y avanzaron en mi dirección, imperturbables.

—¿No captó sus rostros, su aspecto general?

—No. Estaba muy oscuro. Eran simples siluetas grisáceas, sus rostros apenas manchas pálidas, irreconocibles a esa distancia, reverendo.

—Ya —Stack arrugó el ceño, preocupado. Oprimió con fuerza su cruz, y miró de soslayo al fusil de McKay y al revólver que había cedido momentáneamente a Hastings—. Me pregunto qué está sucediendo realmente aquí, amigo mío…

—También yo, reverendo —confesó Richard—. Y las respuestas que se me ocurren, no me gustan en absoluto.

Llegaron al interior del cementerio, a la senda que serpenteaba entre lápidas, cruces y mausoleos que, como espectros graníticos, se alzaban blancuzcos en la oscuridad. El movimiento de los arbustos, agitados por el cierzo, era como un baile macabro de sombras y de sarmientos esqueléticos. Los mil ruidos de la noche ventosa, dentro del recinto funerario, se hacían sentir de modo casi sobrenatural.

De repente, Agnes Carrados se detuvo en seco. Fue la primera en verlo. Se irguió, alzó sus flacos brazos al cielo, como unos sarmientos más, resecados por la escarcha invernal. Su voz se elevó en un murmullo que era más plegaria que lamento:

—¡Dios sea loado! ¡Los espíritus del Bien nos asistan! Vean eso, cielo santo… ¡Qué horror, qué horror…!

McKay lanzó una imprecación, y Hastings observó que, bajo la gorra de su uniforme, su faz tomaba el color de la cera. El reverendo y él, corrieron al unísono.

Estaban allí, muy cerca unas de otras, las tumbas de Ana Penrose, de Hamilton Blair, de la niña Allyson Bates… e incluso la tumba abierta, vacía aún, y la lápida dispuesta con el nombre del inspector Griswold…

Lo realmente espantoso es que otra vez esas tumbas habían sido abiertas. Profanadas. Y en esta ocasión todas ellas.

Los cadáveres yacían fuera de sus nuevos ataúdes, astillados y rotos como la vez anterior.

Y, lo que era peor.

Nuevamente, los cuerpos sin vida habían sido mordidos, devorados, víctima todos ellos de aquel necrófago infernal de quien nadie sabía nada…

A espaldas suyas, una risa demoníaca, larga y enloquecida, sacudió el silencio mortal del cementerio, y heló la sangre en sus venas.

* * *

Sin saber siquiera adónde mirar, enfrentados simultáneamente a un horror material y a una presencia inquietante a sus espaldas, se volvieron todos ellos, con pavor. McKay estuvo a punto de disparar su arma, pero se contuvo, como todos, al reconocer al ser que saltaba y reía, con ojos desorbitados, entre las cruces y lápidas, mirándoles como un demente.

—¡Usted! —jadeó Agnes, asombrada—. ¡Reverendo Durham…!

El sacerdote anglicano, titular de la capilla de Gatescastle, siguió saltando y riendo como un poseso. Y de sus labios escapaban incoherentes, gritos, frases sin sentido, de extraña intención:

—El Mal se hizo presente… ¡El Mal nos domina y nos vence! ¡Lucifer está aquí para destruirnos, para acabar con nosotros, hombres sin fe! ¡El Señor nos proteja, si ello es aún posible…! Los muertos… ¡Los muertos salen de sus tumbas, porque llegó el día del Juicio! ¡Es hora de dar cuenta de nuestros pecados…!

—¡Reverendo Durham! —le replicó acremente su coadjutor, moviéndose enérgico hacia él—. ¡No sabe usted lo que dice! ¡Está delirando cosas sin sentido! ¡Domínese y escuche! ¡Soy el reverendo Stack, su coadjutor, y no toleraré más esa serie de insensateces, en boca de un ministro del Señor!

—Todos… ¡todos estamos perdidos, reverendo, cuando el Mal se hace presente! —Rió como un loco su compañero de ministerio—. ¡Es inútil cuanto diga, puesto que los muertos ya empezaron a levantarse de sus tumbas! ¡Ellos son el signo, la señal de que sonaron las trompetas que nuestros sordos oídos no captaron!

¡Escuchadlas todos, escuchadlas, porque son la perdición de la Humanidad toda…!

El reverendo Stack se hallaba ya cerca de él. Inesperadamente, con una fuerza y contundencia imprevisibles, descargó en el mentón de su compañero un seco mazazo con su zurda. Tambaleóse Durham, con los ojos en blanco, y otro directo de la diestra de Stack, dio con él en tierra, completamente inconsciente. Resopló el coadjutor, volviéndose sereno a todos.

—Incidente zanjado, señores —dijo escuetamente, frotándose los doloridos nudillos—. Disculpen. El procedimiento no es demasiado ortodoxo, pero sí es cristiano evitar que un hermano sufra como sufre el reverendo Durham en estos momentos. Espero que eso le sirva de alivio… mientras nosotros seguimos investigando ese aquelarre atroz del cementerio…

CAPÍTULO VIII

EL HORROR

—¿Alivio dijo usted, reverendo Stack? Algo más que eso —el doctor Bradley sacudió la cabeza, con perplejidad—. Creo que ha logrado acabar con el *shock* de su compañero…

—Si fuese así, Dios lo habría hecho por mediación mía, doctor —habló humildemente el fornido coadjutor, encajando las mandíbulas, fija su vista en el rostro pálido y sereno del reverendo Durham, aún inconsciente en el pequeño y lóbrego hospital de Gatescastle, donde había sido internado de nuevo el enloquecido sacerdote—. ¿De veras cree que no me habré excedido en mis golpes?

—No, reverendo Stack. Ahora, su compañero duerme tranquilo. Creo que es un reposo necesario, para su cuerpo, su mente, e incluso su espíritu. Sufrió una crisis aguda, escapó del hospital, y volvió al mismo lugar donde el horror que presenciara esa noche provocó su demencia… —El doctor Bradley, cansadamente, inclinó la canosa cabeza, tras mirar al tibio albor de la mañana grisácea, nublada, amenazando nevada otra vez, allá afuera. Cerró su maletín, y se encaminó calmoso hacia la salida, dejando junto a Durham a una vieja enfermera de uniforme gris plomizo, como el cielo de Sunderland—. Vamos, será mejor dejarle bajo el efecto del sedante que le inyecté. Es preferible así. Tal vez esta tarde o esta noche podamos hablar ya con él, averiguar lo que sabe, lo que vio aquella trágica noche en que asesinaron y devoraron al inspector Griswold.

—Así sea —rogó fervoroso el sacerdote de Sheffield—. Ardo en deseos de ahondar en este enigma enloquecedor, doctor Bradley. Es horrible, verse ante una profanación masiva de tumbas, ante un

caso tan monstruoso e inexplicable de necrofagia… y ante la desaparición de una joven como Sally Penrose, sin que podamos hacer nada por llegar al fondo del misterio, a una explicación razonable y concreta de cuanto está sucediendo.

—¿Razonable, reverendo? —El médico movió su cabeza canosa con aire pesimista, ensombrecido, la gris mirada perdida cansinamente en algún punto inconcreto—. Empiezo a pensar que no hay nada razonable en todo esto, que realmente nos enfrentamos a algo que no es de este mundo…

—Como hombre, y como ministro del Señor, me niego a considerar tal cosa como posible —replicó fríamente Stack. Su cabeza hizo un gesto enfático—. No, doctor. Estoy seguro de que pese a todas las apariencias de este sórdido enigma, la explicación de todo es perfectamente real. Que el motivo de lo que sucede está aquí, entre nosotros. Que alguien de Gatescastle es culpable de todo ello. Alguien que sigue entre los vivos, no entre los muertos.

—No puedo creerlo, reverendo. Todo es demasiado irreal, demasiado inconcebible…

—Aun así, mantengo mi fe en ese punto. Algo insólito, quizá más allá de nuestro humano entender, existe aquí. Eso es obvio. Pero sea ello lo que fuese, una fuerza humana y viva lo desencadenó, no le quepa duda. Incluso el señor Hastings, pese a sus vacilaciones de última hora, creo que está convencido de ello… y por eso ha ido a ver a la persona que cree posee la clave del enigma.

—¿A quién, reverendo?

—Al profesor Christopher Warren, naturalmente…

* * *

—¿Richard Hastings, dijo usted?

—Exacto, profesor Warren. Richard Hastings, de la firma Hastings, Hastings and Sons, de Londres. Abogado.

—Creo que no necesito los servicios de ningún abogado, señor Hastings… —sonrió pálidamente el hombre altísimo, magnético, de poderosa personalidad, que era Christopher Warren, profesor en Biología y en Ciencias, con la carrera de Cirugía terminada, según

rezaba un diploma enmarcado, allá en el muro gris de su residencia de Meadows Farm, a una milla larga de los límites del pueblo.

—No vine como abogado, profesor… sino como prometido de la señorita Penrose.

—¿Penrose? —Se estremeció el investigador levemente, pero manteniendo sereno su gesto altivo, su porte de caballero inteligente y sensitivo, anguloso de facciones, frío de mirada y severo de indumentaria—. ¿Se refiere a la infortunada señorita Ana Penrose?

—Me refiero a su hermana gemela, Sally Penrose.

—Oh, ¿Sally? —Se sorprendió Warren—. Nunca pensé que esa jovencita tuviera novio…

—Lo éramos por correspondencia. Anoche la conocí personalmente, y todos mis sentimientos a distancia se sintieron confirmados en su presencia. La amo, profesor.

—Muy hermoso todo, pero no veo cuál pueda ser mi interés en ello, señor Hastings…

—Profesor Warren, usted atendió médicamente a su hermana —replicó Richard, incisivo.

—Señor Hastings, me niego a discutir eso con usted ni con nadie. No es tema que le concierna, a menos que represente los intereses legales de alguien.

—Suponga que fuese así.

—En todo caso, no tendría razón de ser su visita —se mostró seco y hostil Christopher Warren—. Si representa a las Penrose, tengo un documento firmado por Ana, autorizándome a toda clase de experiencias médicas con ella, para curar lo que la Medicina calificó de «tumor cerebral incurable». Y si su cliente es el doctor Bradley o el Colegio Médico de Sunderland, señor Hastings, estamos en el mismo caso. No pueden acusarme de nada, puesto que soy médico de carrera, aparte mi especialización en Biología y mi cátedra de Ciencias, y poseo el permiso de la paciente para ser su especialista en el tratamiento.

—Tratamiento inútil, puesto que ella falleció.

—Señor Hastings, usted es un profano en Medicina, pero no ignorará que los tumores malignos, y más los cerebrales, son prácticamente imposibles de curar.

—Aun así, aceptó tratar a Ana Penrose.

—Ella lo quiso. La esperanza es lo último que pierde todo enfermo. Pensé si se podía producir un milagro, eso es todo.

—Y el milagro no se produjo.

—No, no se produjo —negó Warren, con débil sonrisa—. Los milagros rara vez se producen, señor Hastings.

—¿Probó usted la droga en ella?

La pregunta, simple y directa, brotó de labios de Richard con tal naturalidad, que dejó petrificado inicialmente a Christopher Warren. Luego, su altísima, esbelta figura, pareció sufrir un calambre.

—Perdone… —susurró, humedeciendo sus delgados labios—. ¿Cómo dijo?

—Hablé de… la droga.

—Temo no entender —su tono era glacial, cortante incluso—. ¿Qué droga?

—La de su invención. La panacea posiblemente milagrosa un día. Pero en la que usted aún no creía…

—Señor Hastings, su imaginación va muy deprisa. Si yo tuviera en estudio alguna droga, no haría pública su existencia hasta estar seguro de su propiedad curativa.

—Profesor Warren, Ana Penrose sabía de esa droga. Y, como usted dice, la esperanza es lo último que se pierde. Y el paciente siempre espera el milagro. A veces, incluso el propio médico. ¿Le dio usted la droga o no?

—Señor Hastings, he sido muy paciente con usted —señaló glacialmente la salida—. Le ruego que abandone mi casa inmediatamente. Si se niega, recurriré a la ley.

—No, no me niego, profesor —suspiró Richard Hastings, arrugando el ceño. Dibujó una forzada sonrisa en sus labios enérgicos—. Si Sally Penrose no hubiera desaparecido anoche, profesor, yo me sentiría muy tranquilo. Pero no me gustaría que a ella le sucediese nada, porque me siento dispuesto a todo contra quien a ella le causara el menor daño, ¿comprende?

—No, no le comprendo, señor. Sus impertinencias me tienen sin cuidado… Buenos días. Y no vuelva más por aquí, señor Hastings. No será nunca bien recibido.

—¿Me arrojará tal vez sus mastines? —Sonrió Richard, agresivo.

—No tengo mastines. Ni los necesito, puede creerme.

—Es raro —suspiró el joven—. Cuando entré en su granja, me pareció oír gruñidos de animales…

—¿Gruñidos? —El rostro de Warren se alteró brevemente. Fue apenas un instante—. No es posible… Oh, bueno. Tal vez sean… los cerdos. Me gusta criarlos para la matanza.

—Ya. ¿Se los sacrifica el señor Fulton Briggs, o lo hace usted personalmente?

—Eso no le importa, pero lo hace el señor Briggs. Buenos días, caballero.

—Buenos días —sonrió Richard. Luego, ya en la salida, hizo un comentario irónico—: Y es natural que se haya sorprendido. La verdad es que no oí gruñido alguno al llegar. Ni sabía que tuviera animales… Buenos días, profesor Warren. Pero buscaré todavía a Sally Penrose. Y sabré por qué hay alguien necrófago en Gatescastle. Y por qué los muertos están fuera de sus tumbas… Hoy supe que Hamilton Blair y la niña Allyson Bates, también murieron de tumor cerebral…

Cerró tras de sí, sin añadir más. Ni hizo falta.

Una vez solo, el profesor Warren se transfiguró. Su rostro reveló un terror evidente. Sacudió la cabeza, incrédulo, aturdido.

—No puede ser… —musitó, estremecido—. ¿Cómo pudo sospechar ese hombre la verdad…?

Richard Hastings se alejaba ya hacia el exterior de la granja cuando el aturdido profesor Christopher Warren pareció tomar una brusca decisión y, volviéndose hacia el fondo de la vivienda, a una puerta de hierro claveteada, sólida y firme, comentó entre dientes:

—Será necesario matarle… y es lo que debo hacer. Él se ocupará de eso…

Abrió la puerta, que rechinó sordamente. Un lóbrego subterráneo apareció ante sus ojos. Comenzó a descender hacia las sombras.

De éstas, llegó un gruñido, un inhumano y bestial jadeo que ponía los cabellos de punta… Pero el profesor Warren mantuvo su sereno dominio de sí mismo, su magnética autoridad, mientras descendía, aproximándose al ser de pesadilla que se ocultaba allí, en la sombra.

* * *

—¿Cerdos dice? No, nunca tuvo cerdos para matanza el profesor Warren, aunque me ha hablado de ello en una ocasión —negó Fulton Briggs, ceñudo—. Yo, cuando menos, nunca le maté ninguno, ni parece que existan en Meadows Farm. Aunque, eso sí, he visto comprar despojos al profesor, en el mercado local, y por las trazas parece que tuviera doble número de mastines que yo… aunque jamás nadie oyó un ladrido en Meadows Farm.

—Todo eso resulta muy extraño, ¿no lo cree, Briggs? —comentó Hastings, tenso.

—Todo lo de ese tipo es extraño. Yo no me fiaría de él…

El carnicero de Gatescastle meneó la cabeza, tras pagar su multa al severo McKay, y dirigirse luego a la salida de la prisión local. Desde allí, masculló con tono malhumorado:

—No volveré a meterme con Kate Driscoll, de todos modos. Pero será mejor que ella no me busque a mí, maldita sea. Estoy harto de sus coqueteos y sus reacciones de chiflada. Si está enferma, que la curen debidamente de sus dolores de cabeza, y me deje a mí en paz la muy… —añadió un epíteto poco caballeroso para la Driscoll, y se marchó a grandes zancadas.

—¿Dolores de cabeza? —indagó Hastings, volviéndose a McKay, ceñudo—. ¿También esa joven sufre algún mal como Ana Penrose, la niña Allyson o el joven Blair?

—No lo sé, pero ha ido con alguna frecuencia al doctor Bradley últimamente. Ya sabe: en estos sitios se sabe todo. Somos tan pocos vecinos…

Richard no dijo nada. Abandonó la prisión, adonde había ido a hacer unas preguntas al carnicero detenido, y se encaminó a la capilla.

Estaba cayendo ya la tarde. De Sally, pese a los esfuerzos de los policías y vecinos locales, e incluso de él mismo, nada se sabía. No aparecía por parte alguna. Richard empezaba a sentir la amargura de la desesperación.

Encontró al reverendo Stack arreglando la capilla con la ayuda del feo y deforme Vulp, su ayudante. El doctor Bradley, casualmente, estaba charlando con el sacerdote, maletín en mano.

—Le decía al reverendo, que Durham se encuentra muy mejorado —dijo Bradley—. Le he aplicado otro sedante, y esta misma noche es posible que puedan hablar con él, si no abusan de

ello. De todos modos, dijo algo entre el sueño inicial y la segunda inyección.

—¿Qué fue lo que dijo? —se interesó vivamente Richard.

—Oh, algo absurdo… Repitió que los muertos se levantan y resucitan… Luego, dijo que el monstruo hubiera parecido humano, de no ser por su enorme gordura… como una bola de carne fofa y viva… Eso dijo, exactamente.

—Una bola de carne fofa y viva… —repitió Hastings, pensativo—. Enorme gordura… Bueno, tal vez delirase aún, no sé. Doctor, quería hacerle algunas preguntas. Esta mañana leí los certificados de defunción de Ana Penrose, de Hamilton Blair, de la niña Allyson Bates… Todos murieron de tumor cerebral, ¿me equivoco?

—No, no se equivoca. Así ocurrió.

—Ya. Demasiados tumores últimamente, ¿no cree? Es… como una epidemia.

—No está clínicamente probado que un tumor sea contagioso o epidémico.

—Pero se está produciendo el hecho. Por cierto, doctor Bradley, ¿y Kate Driscoll, la posadera? ¿Qué significan sus dolores de cabeza y sus manías frívolas? ¿Está enferma?

—Hastings, eso es secreto profesional… —arrugó el ceño, molesto, el médico local.

—Profesor, no sé si se da usted cuenta exacta, pero es más, mucho más que eso lo que está en juego ahora: es la vida de Sally, la de la propia Kate quizá… y el horror mismo que se cierne sobre el pueblo entero. ¡Doctor Bradley, su respuesta es absolutamente precisa! ¿Padece Kate Driscoll de tumor cerebral también?

—Pues… sí. Sí, Hastings. No sé cómo lo supo, pero así es. Sólo que el de ella es más peculiar. Engorda con mayor rapidez también…

—¿Ella engorda con mayor rapidez? —La aguda pregunta de Richard hizo girar con asombro el rostro nervudo del reverendo Stack—. ¿Qué quiere decir eso? ¿Engorda con mayor rapidez que… quien, doctor Bradley?

—Que… que los demás… —tragó saliva el médico, aturdido—. Hastings, ¿adónde va usted a parar con…?

—Doctor, no pierda tiempo. Eso significa que Ana Penrose, Hamilton Blair, la niña Allyson Bates… engordaron en su última

fase del mal, ¿no es eso?

—Pues… sí. Es eso, aunque maldito si sé cómo lo imaginó usted.

—¡Doctor, hay un monstruo viviente que, según el reverendo Durham en lo que creímos sus alucinaciones, parecería humano si no fuese una simple bola de carne fofa! Y, sin duda, es humano, pese a su horrenda apariencia… Ese ser, quienquiera que sea, come carne. Mucha carne… ¡incluso de muertos!

—Cielos, es espantoso… —jadeó Bradley, muy pálido—. ¿Adónde va a parar?

—A esto… Ahora sé por qué Warren compra tanta carne, por qué hay alguien que puede gruñir como un cerdo, admitido por el propio biólogo… ¡Él tiene ese monstruo voraz! ¡Y está obligado a nutrirle de carne, aunque sea de cadáveres!

—Pero… pero ¿qué significa ese horror, Hastings? —Se alarmó el reverendo Stack, muy pálido, apretando con fuerza su crucifijo.

—No lo sé aún, pero lo sospecho. Hormonas, reverendo. Quizá la base de una droga que ha fracasado como tal, para curar tumores, pero que provoca una gordura monstruosa… y luego la muerte por paralización cerebral… Kate Driscoll también está en tratamiento, y ella ha engordado más, porque su tumor es menos maligno y el tratamiento del profesor se prolonga en ella, como sin duda se prolongó en ese desdichado ser que oculta en su siniestra granja, ese ser de quien hizo un monstruo voraz y…

En la calle sonó un alarido agudo, terrible, inhumano. Luego, disparos de arma de fuego, gritos, carreras, un raro aullido que no parecía de este mundo…

Precisamente, todos corrieron a la puerta de la capilla, mientras la voz aguda del policía McKay no se cansaba de repetir, en alguna parte:

—¡Cielos, qué horror…! ¡Qué horror! ¡Los muertos resucitan, es cierto…!

Cuando salieron, el pánico y la angustia se apoderaron de los tres hombres. Porque la increíble verdad, pronunciada por McKay, parecía ser cierta.

En medio de la calzada, la cabeza desprendiendo coágulos de sangre cuajada, destrozado el cráneo a balazos, se retorcía la figura carcomida del inspector Griswold…

* * *

—Muerto, reverendo. Definitivamente muerto, si es que no lo estuvo ya antes… —gimió ahogadamente el doctor Bradley, apartándose con náuseas del cuerpo inerte del desdichado policía. Y se apoyó en el muro, a punto de estallar en un llanto histérico, quizá por primera vez en su vida.

Afuera, ya era noche cerrada y estaban cayendo copos de nieve menudos y lentos. Richard Hastings contempló al reverendo Stack, orando en silencio ante el difunto, en el frío depósito local. En la calle, una multitud silenciosa y despavorida aguardaba noticias.

—Tendremos que informarles de la verdad a todos —susurró Hastings—. Esperemos que la acepten mejor que cualquier explicación de ultratumba.

—Será difícil después de… de eso, ¿no cree? —masculló McKay, presente en la reunión ensombrecida.

—El doctor dijo la verdad. Antes no estuvo muerto el desdichado Griswold. Como no lo estuvieron Ana Penrose, ni Hamilton Blair, ni la niña Allyson Bates… ni lo estará Kate Driscoll, el día que parezca morir de su dolencia.

—¿Qué quiere decir, Hastings? —se interesó vivamente el reverendo, acercándose a él, muy pálido y solemne.

—Que la droga del profesor, obtenida de unas hormonas tratadas de algún modo científico totalmente erróneo, lo que provocan es una parálisis cerebral parcial. Y ello crea una muerte aparente, una especie de catalepsia que dura sólo cierto tiempo… Después, el falso difunto despierta… Y si ha sido desenterrado por un monstruo ávido de alimentos… es devorado virtualmente en vida… pero ni eso le mata, ya que su cerebro sigue funcionando, activado ahora por esas hormonas y su sustancia química. Los difuntos se convierten en autómatas, en muñecos humanos, sin otra voluntad que la que les fue contaminada por las mordeduras del necrófago. Y ellos mismos, los muertos, tienen hambre y se vuelven necrófagos de los demás…

—¡Es horrendo! —Se estremeció el sacerdote.

—Horrendo, sí. Ahora sabemos que no hace falta el monstruo para que, la fuerza titánica de los difuntos, convertidos en máquinas vivientes, les haga salir de sus tumbas, levantar lápidas, tierra y

ataúdes rotos, saliendo para morderse entre sí en un festín pavoroso… Sus cerebros sólo actúan por ese virus o mal inoculado entre las hormonas de la droga y los mordiscos del monstruo…

—Cuando la gente sepa eso, irá a Meadows Farm y tratará de linchar al profesor Warren.

—Claro. Pero el profesor no creo que esté ya allí. Habrá huido con su espantosa criatura, su adiposa masa de carne viviente… si no se ha ocultado, intentando agredirme a mí, que le revelé cuanto sospechaba en mi visita de hoy.

—¿Por qué hizo eso, Hastings? Puede ser peligroso…

—Le provoqué, tratando de hacerle delatarse a sí mismo. Entonces, la *resurrección* mecánica del cerebro enfermo de Griswold, contaminado por la agresión de los necrófagos, no se había producido aún en público, como tuvimos ocasión de presenciar esta noche, al prolongarse demasiado la inhumación de sus restos… Si Warren supo eso, habrá intentado huir.

—¿Y Sally? —se inquietó el doctor Bradley.

—Sally sigue sin aparecer… y eso es lo que más me asusta… —confesó roncamente Richard Hastings, encaminándose a la salida del depósito de cadáveres local.

Poco más tarde, se perdía calle abajo, mientras la nieve seguía cayendo en copos menudos y fríos.

* * *

La casa continuaba solitaria, silenciosa.

Richard Hastings la contempló serenamente. Luego, avanzó. Cruzó la puerta, entreabierta como la primera vez. Buscó la llave del gas, y prendió un fósforo. Dio luz al interior de la casona.

—Otra vez en Penrose Manor… —musitó—. Y ni siquiera sé por qué…

Echó a andar hacia el interior. Alcanzó la biblioteca vacía, solitaria. Evocó la aparición fantasmal de Sally la noche antes, cuando creyó verse ante Ana rediviva. No supo entonces lo cerca que había estado de intuir la verdad.

Ahora, Sally no apareció. Todo seguía solitario, silencioso, vacío en torno suyo. Caminó hacia la amplia escalera ascendente. Subió

por ella, calmoso, sin expresión en su rostro.

Se detuvo arriba. Miró a la alfombra, iluminada por los globos de gas, rosados y hogareños, pese a la amplitud y soledad de la residencia.

Se inclinó. Tocó la alfombra. Aquellas redondas manchas oscuras estaban secas. Pero eran de sangre. Y no habían oscurecido lo suficiente. Ni se habían descolorido tampoco. Eran recientes. De la noche antes, como máximo.

—Sally… —musitó, empezando a entender—. Oh, no, no debiste hacerlo…

Y rápidamente, avanzó con zancada larga, en dirección al fondo de la casa. A los dormitorios de Penrose Manor.

Las puertas estaban cerradas. Él no podía saber cuál era la alcoba de Sally. Pero lo descubriría lo antes posible. Antes de que fuese demasiado tarde…

—¡Sally! —llamó roncamente—. ¡Sally, abandona tu escondrijo! ¡Sally, sal de ahí! ¡Es inútil que te ocultes! ¡Sally, no te servirá de nada huir de lo inexorable! ¡Ellos vendrán hacia ti, porque sus mentes pueden localizarte! ¡Ana te encontrará, estés donde estés! ¡Y si anoche no lo hizo, es porque volvió a su tumba, para no ser sorprendida…! ¡Ana ya no es tu hermana, ni siquiera es humana! ¡Es un simple autómata, un monstruo contagiado de necrofagia! ¡Ella atacó a Griswold, lo mismo que el monstruo del profesor Warren! ¡Ana es un monstruo más, en medio de este horror! ¡Sally, por el amor de Dios, ven a mí! ¡Soy el único que puede salvarte aún!

—¿Estás seguro, Richard Hastings? —dijo la helada voz a sus espaldas.

Con los cabellos rígidos, erizados en su nuca, Hastings se volvió con un juramento.

Y se enfrentó al horror.

Por fin, el horror estaba ante él. Comprendió el *shock* de Durham. Comprendió el ambiente de pesadilla de Gatescastle. La realidad era mil veces peor que lo que pudiera nadie imaginar…

CONCLUSIÓN

El horror…

Aquella inmensa, fofa, gorda, enorme figura… era una mujer.

O fue una mujer.

Obscenamente desnuda, sin necesidad de ropas, puesto que era sólo una masa redonda, pastosa, blanduzca y lívida, de carne humana a pliegues, arrugada, arrastrándose sobre unos simples muñones que eran sus pies…

Una cabeza redonda, sin cabello apenas, con una enorme boca abierta, jadeante, babosa, ávida, con unos colmillos singularmente largos, desarrollados por la voracidad de unos años atroces de apetitos monstruosos…

—Dios mío, profesor… —tembló Hastings, asqueado—. Eso… eso ¿qué es?

—Fue mi esposa una vez —susurró lívido el biólogo—. Cometí mi primer error en ella…

—Cielos, ¿por qué no la destruyó?

—No podía… La amé. Me creí obligado a… a ella… —tiraba de una cadena, a la que se ataba aquel ser de pesadilla, jadeante y voraz, de ojos desorbitados, de formas rugosas, caídas por el suelo, de gelatina viviente en apariencia, bajo una epidermis odiosa y blancuzca—. Y tengo… tengo que alimentarla…

—Dios mío, Warren…

—Es un deber. Ella no tuvo culpa. Mi… mi maldito orgullo de científico… Un error tremendo. Salvé su vida, pero la condené a esto… Yo soy el monstruo, no ella…

El jadeo, el ronquido horrible de aquella *cosa* que fuera humana alguna vez, helaba la sangre en las venas. Su baba caía a goterones en la alfombra.

—Sí, usted es el monstruo… Sacrifica a todos. Mata, desentierra cuerpos, esparce y contamina el mal de su droga maldita…

Crujieron los escalones de la casa, a espaldas de Warren. Éste se volvió, sobresaltado.

Hastings sintió que las náuseas le invadían. No pudo evitarlo, y vomitó.

Aquello era demasiado.

Ana Penrose, la bella Ana, convertida en un cadáver mutilado, informe, mordisqueado, con apenas medio rostro, sin ojos casi, subía lenta, inexorable, la escalera. Buscaba a su hermana. Buscaba carne viva que morder… La forma de continuar aquella cadena alucinante de horrores…

La monstruosa forma de mujer convertida en bola de sebo viviente, se revolvió, al olfatear alimento. Se soltó la cadena de la mano de Warren. Con un aullido, rodó escaleras abajo, hasta caer sobre Ana Penrose, arrollar su cadáver viviente, empezar a succionar, a morder en un festín horripilante e increíble…

Warren vaciló, indeciso. Tras una puerta, la voz de Sally, ahogada, jadeó:

—¡Richard! ¡Richard! ¿Qué… qué sucede ahí?

Hastings no respondió. Había visto la indecisión de Warren. Y el monstruo estaba ocupado con el cadáver viviente de Ana Penrose. Era su ocasión.

Cayó como una centella sobre el científico demente. Las fuerzas de éste eran titánicas. Pero la desesperación y la ira dominaban a Richard. Le golpeó rabiosamente contra el muro, contra la bola de metal de la barandilla de la escalera. Cuando le vio caer a sus pies, se incorporó, jadeante. De un bolsillo de la levita de Warren, había caído un revólver.

Abajo, en los escalones, seguía el festín diabólico…

Alzó el arma sin compasión. Avanzó hacia la *cosa* voraz…

Uno, dos, tres, cuatro, cinco disparos a quemarropa, dominando su náusea, sobre la pequeña cabeza calva de aquel monstruo…

Astillas de huesos, sangre, masa encefálica…

Y el monstruo ya no era nada. Sólo fofa carne muerta. Sólo un cadáver increíble…

—¡Sally! —rugió, corriendo escaleras arriba—. ¡Sally, querida! Todo ha terminado. Ya puedes salir de ahí…

Se abrió una puerta. Un cuerpo estremecido se aferró a él, frenético, temblando, sollozando.

—Tuve que huir, Richard… Ella… ella me miraba, me perseguía… Quiso… morderme… Me arañó solamente… Escapé, me oculté aquí, no quería salir… —sollozaba.

—Pero ella te hubiera encontrado, de todos modos. Algo la llamaba. Ya no eran humanos. Ninguno de ellos… Habrá que quemar sus cuerpos, purificar todo esto de una vez por todas… Ya te explicaré, Sally. Vamos de aquí. Pero no mires. Te ruego que no mires… No podrías soportarlo… Vamos ya… Creo que el reverendo Stack estará deseando hacer algo, lo primero hermoso y digno de su ministerio, desde que llegó a este lugar… Unirnos a nosotros dos, Sally…

—Oh, Richard, querido… —siguió ella sollozando.

Y se apretó a él con más fuerza y más pasión que nunca, mientras abandonaban Penrose Manor… dejando atrás los horrores que ninguna pesadilla podría jamás superar.

F I N



JUAN GALLARDO MUÑOZ. Nació en Barcelona el 28 de octubre de 1929, pasó su niñez en Zamora y posteriormente vivió durante bastantes años en Madrid, aunque en la actualidad reside en su ciudad natal. Los primeros pasos literarios de nuestro escritor fueron colaboraciones periodísticas —críticas y entrevistas cinematográficas—, en la década de los cuarenta, en el diario *Imperio*, de Zamora, y en las revistas barcelonesas *Junior Films* y *Cinema*, lo que le permitió mantener correspondencia con personajes de la talla de Walt Disney, Betty Grable y Judy Garland y entrevistar a actores como Jorge Negrete, Cantinflas, Tyrone Power, George Sanders, José Iturbi o María Félix.

Su primera novela policíaca fue *La muerte elige* y a partir de ahí publicó más de 2000 títulos abarcando todos los géneros, ciencia ficción, terror, policíaca, oeste…, es sin duda alguna unos de los más prolíficos y admirados autores de bolsilibros (llegó a escribir hasta siete novelas en una semana).

Los pseudónimos que utilizó fueron Curtis Garland, Donald Curtis, Addison Starr o Glen Forrester.

Además de escribir libros de bolsillo Juan Gallardo Muñoz abordó otros géneros, libros de divulgación, cuentos infantiles, obras de

teatro y fue guionista de cuatro películas: *No dispares contra mí*, *Nuestro agente en Casablanca*, *Sexy Cat* y *El pez de los ojos de oro*.

Su extensa obra literaria como escritor de bolsilibros la desarrolló principalmente en las editoriales Rollán, Toray, Ferma, Delta, Astri, Ediciones B y sobe todo Bruguera.

Tras la desaparición de los libros de bolsillo, Juan Gallardo Muñoz pasa a colaborar con la editorial Dastin. En esa etapa escribió biografías y adaptaciones de clásicos juveniles como *Alicia en el país de las maravillas*, *Robinson Crusoe*, *Miguel Strogoff* o el clásico de Cervantes *Don Quijote de la Mancha*, asimismo escribió un par de novelas de literatura «seria», *La conjura* y *La clave de los Evangelios*.

En 2008 la muerte de su esposa María Teresa le supone un durísimo mazazo pues ella había sido un sólido soporte tanto en su matrimonio como en su producción literaria. Es a ella a quién dedica su libro autobiográfico *Yo, Curtis Garland* publicado en la editorial Morsa en 2009. Un interesantísimo libro imprescindible para los seguidores de Juan Gallardo Muñoz.

Su último trabajo editado data de Julio de 2011 y es una novela policíaca titulada *Las oscuras nostalgias*. Continuó afortunadamente para todos los amantes de bolsilibros ofreciendo conferencias y charlas con relación a su extensa experiencia como escritor, hasta el mes de febrero del 2013 que fallece en un hospital de Barcelona a la edad de 84 años.